ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

EL
PLEITO DE SANDOVÁL.

COMEDIA EN TRES ACTOS, ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. RAMON DE NAVARRETE

Y

D. PEDRO AVIAL.

MADRID.
SEVILLA, NÚM. 14, PRINCIPAL.
1876.

EL PLEITO DE SANDOVAL.

EL PLEITO

DE SANDOVÁL,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

Escrita en francés por los Sres. Delacour y Hennequin,
y arreglada á la escena española por

D. RAMON DE NAVARRETE

Y

D. PEDRO AVIAL,

Estrenada con gran aplauso en el Teatro de La Comedia
el 14 de Febrero de 1876.

MADRID: 1876.

Establecimiento tipográfico de EL GLOBO,
dirigido por José C. Conde.
Caños. 1.

PERSONAJES.		ACTORES.
DOÑA CONSUELO..........	Sra.	Valverde.
CAROLINA..................		Fernandez.
ANGELA....................	Srta.	Morera.
LAURA.....................		Ballesteros.
MANUELA..................	Sra.	Calmarino.
TERESA....................	Srta.	Muñoz.
JUSTA......................		Galindez.
D. LUIS.....................	Sr.	Mario.
D. CARLOS.................		Aguirre.
D. LEON....................		Zamacois.
D. ALFREDO...............		Sanchez de Leon.
UN JUEZ...................		Valle.
UN ESCRIBANO...........		Lara.

La escena es en Madrid en 1875.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un despacho elegantemente amueblado.— Puerta en el fondo y laterales en segundo término. A la izquierda, en primer término, mesa-bufete con un sillon y avíos de escribir.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, sentado á la mesa; despues MANUELA.

LUIS. Ha sonado la campanilla. ¡Si fuera un litigante! ¡Pero no! En vano los busco; en vano persigo á todos mis amigos para que me proporcionen pleitos. Tiene razon mi suegra; soy un hombre inútil.

MAN. (Entrando por el fondo.) Señorito...

LUIS. ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

MAN. Señorito, ahí pregunta uno por V.

LUIS. ¿Y quién es *uno?*

MAN. Don... ¿Pues no se me ha olvidado?

LUIS. (Cada dia es más bestia esta muchacha.) Ve á preguntárselo. (Váse Manuela.) ¿Quién vendrá á verme á estas horas? Porque un litigante no será. ¿Qué ha de ser? (Sale Manuela.)

MAN. (Entrando.) Ese caballero se llama... ¡Pues no se me ha olvidado otra vez! En fin, ahí me ha dado eso para V. (Le tira una tarjeta.)

LUIS. (Leyendo.) "Cárlos de Aguilar." Viene como llovido del cielo. ¡Qué pase!

MAN. ¿Qué le digo?

LUIS. ¡Que pase! ¿No lo has oido?

MAN. Que entre, querrá V. decir.

LUIS. Pero animal...

MAN. ¡Si ya sé que da lo mismo! ¡Qué génio! (Váse.)

ESCENA II.

CARLOS y MANUELA, por el fondo.—LUIS.

CARLOS. ¿Se puede?

LUIS. Adelante, chico, adelante. Y dispénsame si te he hecho esperar. Melchor (señalando á Manuela.) ha tenido la culpa.

CARLOS. Estás perdonado. Pero, dime: ¿se llama Melchor esta buena moza?

MAN. No, señor; me llamo Manuela Cortijo. Sino que mi amo es un guason...

LUIS. ¡Melchor, á la cocina!...

MAN. ...y me llama Melchor.

LUIS. (A Cárlos.) La llamo así porque vino á reemplazar á un criado que yo tuve, llamado Melchor, y que era tan estúpido como ella. ¡Por que es muy lista! ¡Como que es paisana de mi suegra! Es conquense.

MAN. No, señor; que soy de Cuenca.

LUIS. (A Cárlos.) ¿Lo ves? (A Manuela.) ¿Está la señora en su habitacion?

MAN. Sí, señor: voy á avisarla.

LUIS. (Deteniéndola.) ¡Eh! ¡Quieto, Melchor! ¿Qué vas á hacer?

MAN. ¡Toma! Como V. me preguntaba si la señora está en su habitacion, iba á llamarla.

LUIS. ¡Me gusta la consecuencia! No la llames. Y

oye: por última vez te advierto que en lo sucesivo, siempre que hables con algun sugeto respetable, lo hagas en impersonal, ¿entiendes? Como si te dirigieras á una tercera persona. En vez de decir, "¿Qué quiere Vd.?" "¿Qué manda Vd.?" debes decir: "¿Qué quiere el señor?" "¿Qué manda el señor?" ¿Estás? Como si te refirieses á una tercera persona. Véte.

MAN. Voy á avisar á la señora.

LUIS. ¡Si es para perder la paciencia! ¿Qué te he dicho?

MAN. ¡Ah! Sí. Ya no me acordaba. (Váse.)

ESCENA III.

CARLOS. — LUIS.

LUIS. A tiempo llegas.

CARLOS. ¿Qué te ocurre? Cuéntame.

LUIS. Si tardas cinco minutos en venir, no me encuentras. Iba á buscarte.

CARLOS. ¿En qué puedo servirte?

LUIS. En mucho. ¿Y yo te sirvo para algo?

CARLOS. Debo salir á toda costa esta noche de mi casa. Necesito un pretexto.

LUIS. Yo tambien necesito abandonar hoy el hogar conyugal.

CARLOS. ¿Y eso era lo que te llevaba á mi casa?

LUIS. Eso. ¿Y tú venias con idéntico propósito?

CARLOS. Justo. Venia á suplicarte que me dirigieses antes de las cinco una carta concebida poco más ó ménos en los siguientes términos: "Querido Fulano: tengo precision de hablar contigo, con este ó el otro motivo, á tal hora y en tal sitio. No faltes."

LUIS. Una epístola análoga iba yo á solicitar de tu amistad.

CARLOS. ¡Extraña coincidencia! ¿Pero quién habia de figurarse que tú, que un recien casado, faltase á sus deberes?

LUIS. ¿Tienes suegra?

CARLOS. No.

LUIS. Pues entonces no tienes perdon de Dios. Yo estoy casado, es cierto. Tú estás casado tambien. Yo tengo suegra; tú no la tienes. Para tu delito no hay disculpa.

CARLOS. Segun eso, la accion que á mí me coloca en el número de los criminales, á tí te pone en el de los santos. Escribamos.

(Siéntanse uno enfrente de otro á la mesa, toman papel y pluma y se preparan á escribir.)

LUIS. (Escribiendo.) "Señor don Cárlos de Aguilar."

CARLOS. (Escribiendo.) "Señor don Luis de Saavedra." ¿Nos trataremos con el debido respeto, eh?

LUIS. ¡Claro! (Escribiendo.) "Mi querido amigo: tengo el honor de recordar á V. que hoy dia 24 de Marzo debemos reunirnos con objeto de tratar del pleito..." ¿A quién ponemos pleito?

CARLOS. (Escribiendo.) "...del pleito... de Torremocha..." ¿Te gusta Torremocha?

LUIS. No me parece mal. ¡Hombre! Se me ocurre una idea. ¿Por qué no hemos de comer hoy juntos?

CARLOS. Eso digo yo. ¿Por qué? Escribamos. (Escribiendo.) "Me parece conveniente, amigo don Luis, que antes de tratar del asunto, conferenciemos detenidamente sobre algunos particulares; por lo cual espero á V. para comer en el restaurant de Fornos..." ¿A qué hora?

LUIS. (Escribiendo.) "... Fornos..." A las seis. ¿Te conviene?

CARLOS. Me place. (Escribiendo.) "... á las seis en punto de esta tarde."

LUIS. (Escribiendo.) "Suyo afectísimo..."
La Providencia te ha traido á mi casa. Hoy estaba convidado por mi suegra...

CARLOS. Dame un sobre.

LUIS. Ahí lo tienes. (Cierran sus respectivas cartas y ponen el sobre.) Trae tu carta: yo cuidaré de echarlas al correo, y antes de las cinco habrán llegado á su destino.

CARLOS. Pero, ¿quién habia de decir?... Yo, que te creia el hombre más formal...

LUIS. Y lo soy. Angela es una esposa modelo, y yo la amo con delirio.

CARLOS. ¡Y la engañas! Nunca he visto un marido infiel que no jure estar enamorado ciegamente de su cónyuge.

LUIS. Hay circunstancias que atenúan mi delito. ¿Conoces á mi suegra?

CARLOS. No tengo el gusto...

LUIS. ¿El gusto, eh? No te lo deseo. ¡Si la vieras! En el semblante lleva el sello de la perfidia, de la crueldad, de la desconfianza... En esta casa no hay paz, ni sosiego, ni ventura. Cuando por la mañana abro los ojos, la primera imágen que se me aparece es la de mi suegra, que espía mi sueño; donde voy, va; me registra los bolsillos y los papeles; si me refugio en el despacho, entra como una sombra, so pretesto de buscar sus guantes ó su sombrilla... ¡Mira, ahí la tienes!

ESCENA IV.

Dichos.—D.ª CONSUELO.

CONS. (Por el fondo.) Luis, ¿me he dejado aquí mi sombrilla? (Haciendo que repara en Cárlos.) ¡Ah! Ustedes dispensen... Si estaban ocupados, me retiro.

LUIS. (Ap. á Cárlos.) ¿No te lo decia?

CONS. (Ap. á Luis.) ¿Quién es este sugeto?

LUIS. (Ap. á D.ª Consuelo.) Un amigo, un compañero de profesion.

CONS. (Ap. á Luis.) Preséntamele.

LUIS. (Ap. á D.ª Consuelo.) Pero mamá...

CONS. (Ap. á Luis.) ¡Preséntamele!

LUIS. Mamá, tengo el honor de presentar á V. á mi amigo D. Cárlos de Aguilar, abogado del ilustre colegio... (A Cárlos.) Mi mamá política.

CARLOS. (Saludando.) Señora...

CONS. (Saludando.) Beso á V. la... (Ap. á Luis.) Este hombre no tiene facha de abogado.

LUIS. (Ap. á D.ª Consuelo.) Señora, de eso no tengo la culpa.

CONS. ¡Qué cabeza la mia! Ahora recuerdo que he dejado la sombrilla en la antesala. Siento haberles interrumpido... (¿De qué estarian hablando?) (Ap. á Luis.) Ese hombre no tiene cara de abogado. (Vase.)

ESCENA V.

CARLOS. — LUIS.

LUIS. ¿Lo ves? ¿Es posible vivir así? Y si no fuese más que esto... Pues, ¿y los consejos, las exhortaciones, las predicaciones con que abruma incesantemente á mi mujer para que me vigile, para que me reprenda, para que se oponga á todos mis deseos? Lo estoy viendo: por culpa suya va á ocurrir aquí una catástrofe.

CARLOS. Y tú te preparas para cuando ocurra.

LUIS. No, en verdad; pero la casualidad sale á veces al encuentro de los míseros mortales, deparándoles consuelos que endulcen su amargura. Hace ocho dias, la casualidad, la casualidad solamente, me proporcionó conocer á Carolina; una mujer...

CARLOS. Divina.

LUIS. Elegante, de veintiocho á treinta años, quiero decir, primaveras; con un talle, y unos

ojos, y una conversacion... ¡Ah! y es viu da... Por supuesto, no vayas á creer.., Es una persona distinguida, de muy buena familia...

CARLOS. ¿A que vas á convencerme de que la quieres con buen fin?

LUIS. Nuestro amor es puro. Tú, acaso no comprenderás cierta clase de sentimientos... Yo solo aspiro á oir de sus lábios una frase apasionada, á embriagarme con su aliento perfumado, y á charlar un rato con ella, lejos de de mi suegra. Ya que no puedo manifestar á mi mujer el tesoro de amor que abriga mi pecho, se lo manifiesto á la otra.

CARLOS. ¡Claro! ¡Y te quedas tan descansado! ¡Qué hipocresía!

LUIS. ¿Pues y tú? Vamos, cuenta tu historia.

CARLOS. Es muy sencilla. Conocí á Adela tambien por casualidad, y la veo con frecuencia... cuando su tutor se descuida. Porque esa no es viuda; es doncella... no te rias; y yo aspiro á guiarla por la senda del bien, libertándola de los lazos que la perversidad, etc., etc., etc.

LUIS. Ya eres buen pez.

CARLOS. No, que tú... (Mirando al reloj.) Vaya, chico, es hora de echar las cartas al correo. Que no faltes, ¿eh?

LUIS. Por supuesto.

CARLOS. Adios.

LUIS. Adios.

(Váse Cárlos.)

LUIS. ¿Con que tambien Carlillos? Fíese V. luego en las apariencias. Y yo me alegro: así no recorreré solo la senda del crímen.

CONS. (Dentro.) Adios, hija mia.

LUIS. ¡Cielos! ¡Mi suegra! Me voy por no verla.

ESCENA VI.

ANGELA.—D.ª CONSUELO.

CONS. (Entrando.) Se marcharon, por lo que veo.

ANG. Sí, se marcharon.

CONS. ¿Pero qué tendrá que hacer ese hombre fuera de su casa todo el dia de Dios? Es preciso que hoy mismo le hables al alma.

ANG. Bien, mamá.

CONS. Con energía.

ANG. Bien, mamá.

CONS. Yo conozco á los hombres, hija mia; los conozco muchísimo. Oye bien lo que te voy á decir: si tu marido sigue en Madrid, llevando esa vida de abogado sin pleitos, está perdido, tú estás perdida, y todos estamos perdidos.

ANG. ¡Me asustas!

CONS. En todo caso, no olvides que estoy yo aquí para ayudarte. Mas es preciso que salgais de Madrid, que os vayais á San Clemente. Yo me encargo de hacer que le nombren juez municipal. Aquí, enmedio de los peligros de la córte, solo conseguirá pervertirse; porque pleitos... ¡Dios los dé! ¡De bastante le sirve dejarse por las noches el quinqué encendido para que piensen los vecinos que trabaja!... Háblale, hija mia. Me voy. No te olvides de que hoy comeis en casa. (Váse.)

ESCENA VII.

ANGELA. — LUIS.

LUIS. (Asomando la cabeza por la puerta de la derecha.) ¿Se largó?

ANG. ¿Estabas ahí? ¿Por qué no has salido á despedir á mamá?

LUIS. Ya la saludé cuando vino, y hasta creo que la dí un abrazo. Es preciso no abusar de los placeres.

ANG. Eres injusto con ella, Luis; porque te quiere más de lo que te figuras. No cesa de hablarme de tí.

LUIS. (Ap.) No es mala prueba de cariño.

ANG. Y se ocupa en labrar nuestra felicidad. (Se sienta en el sofá, y á su lado D. Luis.) Esta mañana me ha comunicado un proyecto.

LUIS. (¡Proyecto de suegra! Me escamo.)

ANG. ¿Te acuerdas de San Clemente?

LUIS. ¿De qué San Clemente? ¿De San Clemente de Alejandría?

ANG. Vamos, sé formal. Se trata de un asunto sério.

LUIS. Pues sí, me acuerdo de San Clemente, provincia de Cuenca, patria de tu mamá. ¿Y qué?

ANG. Que mamá quiere que vayamos á vivir á San Clemente, y se encarga de sacar para tí el cargo de juez municipal. Se vive bien allí, ¿no es cierto?

LUIS. ¡Oh! ¡Sí, muy bien! ¡Si no hay pueblo como San Clemente para divertirse!

ANG. ¿Con que la idea te parece?...

LUIS. (Absurda.) Merece meditacion.

ANG. Ya ves tú, cuando seas nada ménos que juez municipal, y te llamen por todas partes el señor juez...

LUIS. No soy ambicioso, hija; renuncio al juzgado. Además, espero tener pleitos.

ANG. ¡Vana ilusion! Aguardándolos estás desde que acabaste la carrera, y ni un solo cliente ha pasado esa puerta.

LUIS. Ya vendrán, ya vendrán. Por otra parte, ¿qué vamos á hacer en San Clemente? Tú, elegante, bonita, encerrarte en un rincon de España! Y yo, abogado, jóven, de porvenir, ir á sepultar mis esperanzas en un juzgado municipal de la provincia de Cuenca! ¡Horror!

ANG. No, si yo lo comprendo. Tienes razon; mucha razon; pero, ¿qué quieres? Mamá lo exige... Si al cabo halláras un pleito, acaso todo pudiera arreglarse... Me parece que oigo la voz de mamá... Sí, ella es.

CONS. (Dentro.) ¡Calle V.!

ANG. (Levantándose.) ¿Qué ocurre?

ESCENA VIII.

Dichos:—DOÑA CONSUELO.

CONS. (Entrando precipitadamente.) ¡Insolencia como ella!

LUIS. ¿Qué sucede, mamá?

CONS. Sucede que ahora mismo me vais á hacer el favor de poner á la cocinera en la calle.

LUIS. (¡Otra de las suyas!)

ANG. ¿Pues qué ha pasado?

CONS. Nada, hija mia, nada. Al marcharme de aquí, se me ocurrió dar una vuelta por la cocina. La cocinera no estaba allí. Si no hubiera quien diese mal ejemplo... (Mirando á D. Luis.)

LUIS. (Ya pareció el peine.)

CONS. ¡Y no es eso todo! Me acerco al fogon, levanto la tapa de los pucheros, y en uno de ellos me encuentro una carta.

ANG. ¿Una carta?

CONS. Del novio, sin duda. Y cuando con las precauciones necesarias voy á leerla, entra la cocinera, hecha una fúria, me la quita de las manos, y me llama: ¡cominera!

TER. (Asomando la cabeza por la puerta.) Eso no es cierto.

LUIS. (Rièndose á hurtadillas.) ¡Cominera!

CONS. Sí señora, cominera. (A Luis.) Ríase V. de la gracia, señorito. (A Angela.) Sí, hija mia; á tu madre la han llamado cominera.

TER. (Asomando de nuevo.) No es cierto.

CONS. ¿Habráse visto descaro igual?

ANG, Teresa, retírese V.

TER. Cuando dicen lo que no es verdad... ¡Vaya!

CONS. Con que no es verdad que V. me llamó...

TER. No, señora. (Se adelanta.)

CONS. Es que yo lo he oido.

TER. Pues si V. lo ha oido, ¿por qué lo pregunta?

CONS. ¿Ven Vds? Ya confiesa. ¡Salga V. inmediatamente de esta casa!...
TER. V. no tiene derecho para despedirme.
ANG. Yo la despido á V. Váyase V. enseguida.
LUIS. (Se salió con la suya.)
TER. Está bien; me iré. Así como así, no me será difícil encontrar mejor acomodo. (Váse.)

ESCENA IX.

ÁNGELA.—DOÑA CONSUELO.—LUIS.

CONS. ¡Qué criados! ¡Si todos son...!
LUIS. (Levantándose.) ¿Con que ya no tenemos cocinera?
CONS. ¿Hubieras preferido acaso que se quedase, despues de haberme insultado?
LUIS. No tal; pero séame lícito recordar que guisaba muy bien.
CONS. (Mirando á Luis.) Hay personas que no tienen corazon.
LUIS. (Pero que tienen estómago.)
CONS. (Sentándose en el sofá, al lado de Ángela.) Esta tarde escribiré á San Clemente para que me envien una buena cocinera: la hermana de Manuela.
LUIS. (¡Dios nos coja confesados!)
CONS. Y á propósito de San Clemente, ¿has hablado á tu marido...?
LUIS. ¿Del proyecto?
ANG. Sí, mamá.
CONS. ¿Y qué dice?
LUIS. Que no me conviene.
CONS. ¿Lo rechaza V.?
LUIS. Rechazarlo, precisamente... no: pero no lo acepto.
CONS. Tendrá V. motivos muy poderosos para vivir en Madrid...
LUIS. ¡Pche!
CONS. Me los figuro. Un marido que no hace nada,

absolutamente nada, más que comer, dormir y pasear de dia y de noche...

LUIS. Permítame V.

CONS. ...Un abogado sin pleitos, cuyo bufete es la imágen del vacío, que no tiene ni un solo cliente...

LUIS. No tengo yo la culpa. Además, que clientes no me faltan; solo que mis clientes no tienen pleitos.

CONS. Entonces no serán clientes; serán... conocidos.

LUIS. Y si hoy no tengo un solo negocio, acaso lo tenga mañana. Precisamente esta noche debo asistir á una junta, con motivo de un pleito célebre: el pleito de Torremocha.

ANG. (Levantándose.) ¿Lo ve V. mamá? Va á tener un pleito.

CONS. Mucho será que no se lleve chasco. Y aunque lo que dice sea cierto, ¿qué es un pleito?

ANG. ¡Por algo se empieza!

LUIS. Sí, señora; esta noche la junta y mañana el pleito. ¡El pleito de Torremocha!

CONS. ¿Segun eso va V. á salir esta noche?

LUIS. A las ocho, sí señora; á las ocho.

CONS. La verdad es que, ya por un motivo, ya por otro, este caballero pasa casi todas las noches fuera de casa.

LUIS. V. exagera, querida mamá política... Sin embargo, á veces... los negocios... precisamente espero una carta de Aguilar, de ese muchacho que acaba de visitarme, y acaso tenga que adelantar la hora de mi salida. El deber es lo primero.

ANG. (A D.ª Consuelo.) Tiene razon.

LUIS. No estoy, además, tan falto de negocios como V. supone. Ya sabe V. que soy curador ejemplar de D. Leon Centellas.

CONS. ¿Y qué te proporciona eso? Disgustos.

LUIS. ¿Cómo quiere V. que yo ponga la cuenta de mis honorarios á D. Leon, á un antiguo amigo de mi familia y de la de V.?

LEON. (Asomando.) Paréceme que hablan de mí...

CONS. ¡Vaya un tipo! Un viejo verde que no te dará sino malos ejemplos; un ente ridículo, que gasta lo que no tiene con mujerzuelas...

LEON. (¡Bueno me está poniendo!)

CONS. ...Un hombre que carece de memoria, de entendimiento, de voluntad, y á quien el juez ha tenido que nombrar un curador ejemplar para evitar su completa ruina; un libertino, un estúpido!

ESCENA X.

Dichos.—D. LEON.

LEON. Siga V., señora, siga V. haciendo mi apología.

CONS. ¡Ah! ¿Estaba V. ahí? ¿Me ha oido V.? ¡Me alegro!

LEON. (A D.ª Consuelo.) ¡Si V. supiera cuánto me duele escuchar de sus lábios...! (¡Qué guapa se conserva esta mujer!)

CONS. ¡Libertino!

LEON. ¿Y quién sino V. tiene la culpa de que lo sea? Yo enviudé: V. enviudó; declaré á V. mi amor; V. me despreció, y yo, desesperado, por olvidarla, me lancé...

CONS. ¡Disculpas!

LEON. No, señora... (Reparando en Angela y Luis.) ¡Hola! ¿Estábais ahí? Buenos dias.

LUIS. Buenos dias, Sr. D. Leon.

LEON. (Despues de una pausa.) ¿De qué estábamos hablando?

LUIS. De nada.

LEON. No, si yo decia... ¿á qué he venido? Hombre, es extraño lo que me pasa: hay momentos en que se me va el santo al cielo...

LUIS. Decia V. á mi mamá política que V. la amaba... y que...

LEON. Sí, de eso bien me acuerdo; pero no venia á eso; venia...

LUIS. Tome V. asiento.

LEON. Gracias, Luisito, gracias; pero no puedo; sentarme y dormirme, es todo uno... ¡Y es raro! Porque duermo bien por las noches, y por el dia... lo dicho; apenas me siento... Ayer mismo, en casa de Adela...

CONS. ¡Oiga!...

LEON. ¡Hum! ¡Hum! (Tosiendo) No, decia... (Como si se le ocurriera de pronto.) ¡Ah! Ya sé á lo que he venido. Tengo que hablar con mi curador.

CONS. Vámonos, Angelita, que estos señores tienen que hablar.

ANG. Vámonos.

LEON. (Saludando) Señoras...

CONS. (A D. Leon.) No pervierta V. á mi yerno... que ya lo está él bastante. (Váse con Angela.)

ESCENA XI.

D. LEON.—LUIS.

LEON. (Viendo marchar á D.ª Consuelo.) ¡Que guapa se conserva! Yo la hubiese hecho feliz, y ella me hubiera...

LUIS. No piense V. en eso, D. Leon, que es peor. Y vamos al asunto. ¿En qué puedo servirle?

LEON. Vengo á hablar contigo de dos cosas. Primera: de mi pension.

LUIS. ¡Pues si cobró V. su mensualidad aún no hace ocho dias! Dos mil ochenta y tres pesetas y treinta y tres céntimos.

LEON. ¿Estás seguro? Mira, ni siquiera me acordaba.

LUIS. En mi poder conservo el recibo correspondiente, y si quiere V. ver los libros...

LEON. De modo que... (¡Distraccion como la mia! Debia haber empezado por el otro asunto.) Vengo á hablarte de un negocio importante. (Conquistémosle.) Te he proporcionado un pleito.

LUIS. ¡A ver...! Diga V.

LEON. ¡Un gran pleito! Una señora que quiere divorciarse.

LUIS. ¡Un divorcio...¡ Diga V. D. Leon... ¿Y cómo se llama esa señora?

LEON. Se llama... doña... no me acuerdo.

LUIS. No importa. Lo principal es que tiene un pleito. ¿Y cómo ha sido...?

LEON. Te diré. Estaba yo ayer de visita en una casa de la calle de... de... no; del paseo de...

LUIS. Al grano. (Impaciente.)

LEON. Citaron el nombre del abogado á quien iba á encargar la defensa; es uno muy célebre... se llama... ¡ah! Figueras.

LUIS. ¿Figueras? Le conozco; excelente abogado y amigo mio.

LEON. Pues como iba diciendo, aquella señora me preguntó mi parecer sobre él, y yo la respondí... ¿Qué la respondí? ¡Ah! Sí, la dije: Figueras, ¡ah, Figueras! ¡Una gloria del foro! ¡Lástima que no se halle en Madrid!

LUIS. ¡Pero si está! ¡Si le ví ayer mismo en la Audiencia!

LEON. ¿Y qué? Yo dije que no estaba...

LUIS. ¿Por qué, D. Leon?

LEON. ¿Aún no lo adivinas...? ¡Qué torpeza! Pronuncié despues tu nombre, y añadí que eras una especialidad en divorcios y asuntos análogos; que habias separado ya á medio Madrid del otro medio... ¿qué sé yo qué más? Luego dí las señas de tu casa, y la señora me prometió venir á consultarte.

LUIS. ¡Ah! ¿Cómo pagaré á V...? Sin embargo, no ha obrado V. bien al decir que Figueras...

LEON. Yo nada tengo que ver con ese señor: en cambio á tí te he visto nacer... (Y tienes la llave de la gaveta.)

LUIS. Sr. D. Leon, acaba V. de prestarme un servicio importantísimo: de V. depende mi felicidad, V. ha impedido que mi suegra me

lleve á Cuenca. Debo á V. más que la vida, y lo repito: ¿cómo podré pagarle?

LEON. (Ya le he preparado bien.) Si me quisieses adelantar sobre la paga del mes que viene... poco dinero... cuatro mil reales...

LUIS. Imposible; imposible de todo punto.

LEON. ¡Mira que los pido con mucha necesidad...! Que no pediré más hasta...

LUIS. Una cosa es la amistad y otra el deber: como amigo puedo ofrecer á V. quinientos reales; —la escasez de los tiempos me impide disponer de mayor cantidad:—como curador, ni un céntimo puedo darle á V.

LEON. Pero, por Dios...

LUIS. ¿Qué hace V. del dinero? ¿En qué lo gasta V? Vamos á ver. Un hombre solo, sin obligaciones...

LEON. ¿Pues y Adela?

LUIS. ¿Quién es Adela?

LEON. Un ángel, Luisito, un ángel. Yo me he encargado de su educacion, y me cuesta un ojo de la cara. Verdad es que doy por bièn empleado todo cuanto gasto; porque tiene unas disposiciones...

LUIS. ¿Para qué?

LEON. Para todo. Cada vez que la visito encuentro en su casa un profesor distinto: unas veces el de francés; otras el de esgrima; otras el de canto... ¿qué se yo? ¡Es un ángel!

LUIS. Vamos, ya comprendo; es una mujer de mucho porvenir.

LEON. ¡Eso! Tú lo has dicho; de mucho porvenir. Pero vamos al asunto: como curador y como amigo, te ruego...

ESCENA XII.

Dichos.—MANUELA (por el fondo.)

MAN. (Encarándose con D. Leon.) Señor, ahí fuera preguntan por V.

LEON. (Admirado.) ¿Por mí?

MAN. (El mismo juego.) No, señor, por V. no. Por mi señorito.

LUIS. ¿Pues por qué, si preguntan por mí, te diriges á D. Leon?

MAN. ¡Toma! ¿No me ha dicho V. antes que cuando hablase con algun sugeto respetable, me dirigiera á una tercera persona? Una, que soy yo; dos, que es V., y tres, que es este señor.

LUIS. No es posible soportar una acémila semejante. ¿Y quién pregunta por mí?

MAN. Una señora.

LUIS. ¿Cómo se llama?

MAN. No se lo he preguntado.

LEON. Será la del divorcio.

LUIS. Que pase al despacho. (Váse Manuela.)

LEON. Voy á ofrecer mis respetos á tu mujer... Luego hablaremos de los cuatro mil.

LUIS. Bien, Sr. D. Leon, luego hablaremos. (Váse D. Leon.)

ESCENA XIII.

LUIS.—Luego LAURA.

LUIS. ¡Un pleito!... ¡Qué felicidad! (Sale Laura.) Señora... tenga V. la bondad de tomar asiento, y dispénseme si la he hecho esperar un instante. (Revolviendo varios papeles.) Habia aquí una multitud de personas...

LAURA. (Sentándose.) ¿Y por mí las ha despedido V?

LUIS. Como tengo un mundo de negocios, no puedo invertir en cada uno mucho tiempo... (Revolviendo papeles.) ¿Si V. tuviera la bondad de decirme en qué puedo servirla?...

LAURA. Seré breve. Al morir mis padres, me dejaron una pingüe fortuna. A los diez y ocho años era huérfana, y dueña de entregar mi mano al hombre que me agradase.

LUIS. (¡Huérfana! ¡Cuando pienso que hay quien

se casa con huérfanas! ¡Séres verdaderamente afortunados!)

LAURA. ¿Prosigo?

LUIS. Prosiga V., señora; estaba tomando notas.

LAURA. Conocí entonces un jóven de buena familia y excelentes circunstancias, que solicitó mi mano, y me casé con él. Durante los dos primeros años, Alfredo fué un modelo de esposos.

LUIS. ¿Alfredo?...

LAURA. Mi marido, Alfredo de Sandoval. Desgraciadamente aquella dicha ha desaparecido de algunos meses á esta parte, y mi esposo dilapida mi patrimonio.

LUIS. ¿Es jugador acaso?

LAURA. Peor que eso. ¡Ama á otra! (Sale Doña Consuelo por la derecha: al verla Laura se calla.)

LUIS. Siga V., señora, siga V.

CONS. Dime, yerno, ¿has visto por casualidad mis guantes? ¿Estorbo? Me retiro. (Ap. á Luis.) ¿Quién es esta mujer?

LUIS. (Ap. á D.ª Consuelo.) Una cliente.

CONS. (Ap. á Luis.) ¡Una cliente, y en tu casa? No lo creo.

LUIS. (Ap. á D.ª Consuelo.) Es la pura verdad.

CONS. (Ap. á Luis.) Preséntamela.

LUIS. (Ap. á D.ª Consuelo.) Pero señora...

CONS. (Ap. á Luis.) Preséntamela... ó doy un escándalo.

LUIS. (¡Téngame Dios de su mano!) (Presentándola.) Mamá tengo el honor de presentar á V. á la señora de Sandoval, una de mis clientes. (A Laura.) Mi mamá política.

CONS. Señora... (Saludando.)

LAURA. Beso á V. la mano. (Id.)

CONS. (Mirando descaradamente á Laura para verla el rostro á través del velo.) V. dispense; busco mis guantes... ¡Ay! ¡qué cabeza la mia! Ahora recuerdo que los he dejado en el comedor. He tenido mucho gusto... (Saludando.) (Ap. á Luis.) Demasiado bonita me parece para cliente.

LUIS. (Ap. á Consuelo.) Yo no tengo la culpa de que lo sea.

CONS. (Necesito cien ojos como Argos.) (Váse.)

LUIS. Puede V. proseguir su relacion. Decíamos que, durante los dos primeros años de matrimonio, el Sr. D. Alfredo de Sandoval cumplió religiosamente sus deberes, y que de algunos meses á esta parte...

LAURA. Ahora es otro hombre distinto: no se ocupa de mí ni de los niños para nada; no sale de la casa de esa mujer; la hace magníficos regalos, y se presenta en los paseos y en los teatros con ella.

LUIS. ¡Y qué clase de persona es?

LAURA. Una viuda jóven y hermosa, pero llena de enredos y de trampas. Alfredo no se recoge hasta el amanecer, y aunque pretesta que asiste á los bailes y reuniones del gran mundo, ó que tiene una partida de tresillo en el Casino, yo sospecho con fundamento otra cosa. En tres meses ha derrochado doce mil duros, y cualquier medio me parecerá bueno con tal de librarme y librar á mis hijos de una ruina inevitable y completa.

LUIS. Si lográsemos sorprenderle á las altas horas de la noche en casa de esa intrigante, el juzgado no podria ménos de autorizar la separacion, el divorcio.

LAURA. Yo pongo en manos de V. mi salvacion y la de mis inocentes criaturas. Su práctica en semejantes negocios, su pericia, su habilidad, su elocuencia, triunfarán de todas las dificultades, de todos los obstáculos, y yo le deberé más que la vida.

LUIS. Nos hallamos en estado excepcional; hoy es lícito reconocer el domicilio de cualquier ciudadano: yo procuraré se visite una noche la casa de su rival de V., y si encontramos allí á su esposo, es asunto concluido. Así libraremos á la humanidad de esa polilla que la de-

vora: así volveremos por la moral y por las buenas costumbres...

LAURA. (Con efusion.) ¡Gracias! ¡Gracias!

LUIS. (Hablando como si estuviera en el Tribunal.) ¡Miserables criaturas! Lepra de las modernas sociedades; orígen de desgracias sin cuento; vosotras, las que introducís el deshonor y la infamia en el seno de las familias... ¡Ah! ¿En qué idioma encontraré palabras bastante enérgicas para maldeciros y para anatematizaros...?

MAN. (Asomando por la puerta del fondo.) ¡Buena está poniendo el amo á esta señora! ¿Qué le habrá hecho?

LAURA. (Al ver á Manuela.) Advierto á V. que no nos hallamos solos.

LUIS. (A Manuela.) ¿Qué ocurre?

MAN. Un cliente que pregunta por V.

LUIS. (¿Será posible?)

MAN. Dice que viene de prisa...

LAURA. No molesto á V. más, y me retiro.

LUIS. No hay tiempo que perder. Es preciso que cuanto ántes le sorprenda la justicia. Yo me encargo de ello, y quizá esta noche misma...

LAURA. (Dando á Luis una targeta.) Ahí tiene V. las señas de mi procurador: él está enterado del asunto, y seguirá en un todo las instrucciones de V. Mañana volveré á molestarle.

LUIS. V. no me molesta nunca; hasta mañana. (A Manuela.) Acompaña á esta señora.

MAN. ¿Hasta su casa?

LUIS. ¡Animal! Iré yo. (Váse Laura acompañada por Luis.)

ESCENA XIV.

MANUELA. — LUIS.

MAN. ¡Qué guapa es! ¡Y qué maja va! Buena pécora debe ser, segun lo que la ha dicho el señorito. (Imitándole.) "¡Miserables criaturas!

¡Lepra... del deshonor, y de las familias... Voy á maldeciros... á narcotizaros...» ¡Narcotizaros...! ¡Qué será eso?

LUIS. (Entrando.) ¿Quién pregunta por mí?
MAN. Nadie, señorito; ¡si fué una broma!
LUIS. ¿Cómo?
MAN. La señora mayor, su suegra de V., me mandó decirlo para que...
LUIS. (Debí adivinarlo.)
MAN. Como estaba V. tanto tiempo encerrado con esa señora...
LUIS. ¡Si lo que á mí me pasa...! (A Manuel.) Vete.

ESCENA XV.

LUIS.—DOÑA CONSUELO.—ÁNGELA.

LUIS. (Viéndolas salir.) ¡Ya tengo un pleito! ¡Un gran pleito! ¡Un pleito ruidoso, escandaloso!..
CONS. ¿De veras?
ANG. ¡Será cierto?
LUIS. Figúrense Vds. que se trata de una señora que pretende separarse de su esposo, que es todo un caballero...
LEON. ¿Eh?
CONS. ¿Cómo?
LUIS. No; quiero decir que es un calavera, un disipador, un perdido...
LEON. Y sin embargo, ¿á que no tiene curador como yo?
LUIS. Así, merced á ese pleito, me haré célebre, ilustre, poderoso. Mi nombre volará por el mundo en alas de la fama, y los siglos le repetirán con respeto y admiracion.
LEON. Y á mí ¿qué? (Se sienta, y se duerme.)
MAN. (Saliendo.) ¿Señorito...?
LUIS. ¿Otra? ¿Qué hay?
MAN. Una carta.
LUIS. ¿Aguardan contestacion?

MAN. Como yo no la he leido... Pero el cartero no ha dicho nada.

LUIS. ¡Acabáras! (Abriendo la carta.) Es para la junta de esta noche. ¡Ni siquiera me acordaba ya! A ver, prontito, mi frac y mi sombrero. (Váse Manuela.)

CONS. Segun eso, no comes en mi casa.

LUIS. ¡Con harto sentimiento mio, querida mamá! Vea V. lo que me dice Aguilar, aquel muchacho que vió V. esta mañana aquí. (Dándole la carta que escribió al principio Cárlos.)

(Sale Manuela con el frac, el abrigo y el sombrero de Luis.)

LUIS. (Poniéndose el frac y el abrigo.) ¡Mañana á trabajar: esta noche á divertirme!

CONS. ¿Qué es eso? ¿Qué has dicho?

LUIS. ¿Qué? ¿Cómo? ¡Ah! ¿Qué... qué he dicho?

CONS. Has dicho: ¡A trabajar mañana! ¡Esta noche á divertirme!

LUIS. Pues, sí, claro está.... esta noche á divertirme, porque no puede V. figurarse lo que se divierte uno en una junta de abogados, y mañana al trabajo; es decir, á divorciar á esa señora. Hasta mañana.

CONS. ¿Te vas sin dar un abrazo á tu mujer?

LUIS. ¿Yo? Pues si no hago más que abrazarla todo el dia y toda la....

CONS. ¡Basta!

ANG. No vuelvas tarde.

LUIS. Haré lo posible; pero las juntas de abogados suelen ser muy largas.

CONS. Y dime, ¿se llevan guantes de color de perla á esas reuniones?

LUIS. Compraré unos oscuros en la primera guantería que encuentre al paso. Adios, mamá política; adios, Angelita. (Vase.)

CONS. ¡Guantes de color de perla en unajunta de abo gados!... Estoy al cabo de la calle. Antes de veinticuatro horas tendrá en su poder el nom-

bramiento de juez municipal de San Clemente. (Váse con Angela por la derecha.)

MAN. (Reparando en D. Leon.) ¡Pobre señor! ¡Se ha dormido! Voy á abrigarle para que no se resfrie. (Le pone encima la bata que se ha quitado Luis.)

LEON. (Soñando.) ¡Adela! ¡Adela!

MAN. ¡Anda! ¡Anda! ¡Está soñando con su abuela!

(D. Leon ronca estrepitosamente. Manuela le contempla con interés.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete amueblado con lujo. A la derecha, piano: más allá una puerta. A la izquierda la del dormitorio de Carolina. En el fondo la que conduce al interior.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA.—JUSTA.—TERESA.

CAROL. ¿Por qué te sales de la casa?
TER. Porque llamé cominera á la suegra del amo.
CAROL. Hiciste bien.
JUSTA. Siempre te decia yo que no debias estar en casa de gente tan cursi. (A Teresa.)
TER. (A Justa, bajo.) Así, así.
JUSTA. Señora, si quisiera V. tomar á mi prima para que me ayudase, estoy cierta de que no se arrepentiria.
CAROL. No digo que sí ni que no. Veremos. Entre tanto puedes quedarte aquí.
JUSTA. Muchas gracias.
TER. Se lo agradezco á la señora infinito, y si puedo serla útil en algo....
CAROL. Anda con Dios.

TER. Hasta luego.
CAROL. Hasta luego.

ESCENA II.

CAROLINA.—JUSTA.

JUSTA. ¿No espera V. á nadie esta noche?
CAROL. Sandoval no puede venir, pero vendrá Men doza. Y á propósito, ¿has encerrado á la perrita?
JUSTA. En su cuarto de V. está.
CAROL. Será menester regalar á alguien ese animalito, pues ha cogido tal tirria á Mendoza, que en cuanto le ve no cesa de ladrar. Dias pasados hasta le quiso morder.
JUSTA. Es muy rabiosa, muy perversa. ¿Enciendo la la chimenea de la sala?
CAROL. No: aquí recibiré..
JUSTA. Me parece que está V. hoy de mal talante.
CAROL. Y con razon. Mis negocios van mal; si no me vuelvo á casar pronto, no sé qué será de mí.
JUSTA. Ya se vé, el difunto no la dejó á V. sino una modesta viudedad.
CAROL. Y con la esperanza de encontrar un buen partido, he contraido deudas, he firmado pagarés.... que no tengo con qué pagar.
JUSTA. Y qué, ¿no se decide el señor de Sandovál?
CAROL. Es, entre todos mis adoradores, el que más me convendria, por ser rico, expléndido, generoso. Me colma de obsequios y de regalos; pero no habla una palabra de matrimonio.
JUSTA. ¿Y Mendoza?
CAROL. Ese me gusta mucho, porque es vivo, ligero, gracioso; aunque se me figura que debe andar escaso de dinero.
JUSTA. Pues entonces no le haga V. caso.
CAROL. Sandoval es intolerante, arrebatado, celoso, y si supiese que recibo á otro en ausencia suya, me abandonaria para siempre. Por eso nece-

sito emplear tantas precauciones para ver á Mendoza, quien no es exigente, y se contenta con lo que le otorgan.

JUSTA. ¡Ya tiene V. que templar bastantes gaitas!

CAROL. Te aseguro que estoy fastidiadísima, y que si no me animase la esperanza....

JUSTA. Vamos, vamos, todo se arreglará; es usted jóven, hermosa y lista, y, más tarde ó más temprano, encontrará lo que desea.

CAROL. ¡Dios te oiga! (Se oye llamar.) Han llamado. Vé á abrir. (Váse Justa.) Las nueve ménos cinco. Debe ser él.

JUSTA. (Volviendo á salir.) El Sr. de Mendoza.

CAROL. Que pase adelante.

JUSTA. No viene solo, sino con otro caballero, que quiere presentar á V.

CAROL. ¡Un desconocido! ¡Y estoy tan mal arreglada! Que entren esos señores, y tú ven á mi tocador. (Váse por la izquierda.)

JUSTA. Muy bien. Pueden Vds. pasar.

ESCENA III.

D. LUIS.—D. CÁRLOS.—JUSTA.

(Los dos salen de veinticinco alfileres: D. Cárlos con un ramo de flores en la mano.)

LUIS. Señora, permítame V....

JUSTA. Mi ama está vistiéndose....

LUIS. ¡Ah!

JUSTA. Y suplica á VV. aguarden un momento aquí.

LUIS. Perfectamente. (Váse Justa.)

ESCENA IV.

CARLOS. — LUIS.

LUIS. Pues aguardemos... (Tendiéndose en un sillon.) é imítame.

CARLOS. Con mucho gusto, porque el Champagne me ha aflojado las piernas.
LUIS. Y á mí tambien.
CARLOS. ¿Sabes que está muy bien amueblado esto?
LUIS. Ya lo creo. ¿Y arriba?
CARLOS. Arriba todo es más sencillo, pero elegante tambien. ¡Vaya una casualidad! ¡Tener nuestras dos conquistas en la misma casa! Tú en el piso principal...
LUIS. Y tú en el segundo. ¡Si vieras el susto que me diste cuando te oí decir á los postres que era en la calle de Preciados, número nueve!
CARLOS. Felizmente nos explicamos pronto. Tu Carolina es morena; mi Adela es rubia.
LUIS. ¡Adela! Yo he oido ya hablar de ella alguna vez.
CARLOS. No tendria nada de particular. Dime, ¿estás seguro de que esa persona no extrañará que venga á esperar en su casa la hora de ir arriba?
LUIS. (Se levanta.) Segurísimo: presentado por mí, serás muy bien recibido.
CARLOS. (Mirando un cuadro, que representa un perro.) ¡Qué idea! ¡Retratar á un perro!
LUIS. Es Mirza, mi enemiga íntima y la más rabiosa de las perras. Pero á ella debo haber hecho el conocimiento con Carolina.
CARLOS. Comprendo: fué un regalo tuyo.
LUIS. No tal. Ocho dias há, al bajar yo del Retiro, comenzó á llover copiosamente. Me meto en el tram-vía, que por fortuna pasaba entonces, y cuando acababa de poner el pié en lo interior, vuelve á echar á andar el carruaje. La sacudida me hace perder el equilibrio...
CARLOS. A mí me ha sucedido lo mismo, y caí sobre una vieja.
LUIS. Yo sobre una jóven ..
CARLOS. No tuviste mala suerte.
LUIS. Que me rechaza diciendo: "¡Dios mio! ¡Pobre Mirza!" Intento balbucir una disculpa. "¡Tor-

pe! ¡Ha reventado V. á mi perra!» Levanto su abrigo, y veo en efecto á Mirza inmóvil sobre un océano de seda y encages.

CARLOS. ¿Estaba muerta?

LUIS. No, atontada no más. En seguida se pone á chillar, á gruñir. El cochero toma parte en la cuestion, é intima á la señora la órden de apearse. Felizmente pasaba al propio tiempo una berlina: mi desconocida sube á ella; la oigo dar las señas de su casa, y una hora despues me presento allí acompañado de un veterinario, el cual nos tranquiliza sobre la preciosa existencia de Mirza. A la mañana siguiente vuelvo á saber noticias de mi víctima...

CARLOS. No podias hacer ménos.

LUIS. Y... tú adivinarás el resto.

CARLOS. Perfectamente. (Levantándose.) Pues yo no he debido á un perro, sino á un pato, el conocimiento con Adela.

LUIS. ¿A un pato?

CARLOS. No, á dos patos. Fué en la plaza del Príncipe Alfonso; Adela pasaba por allí, en compañía de su padrino, un señor muy viejo y muy particular, cuando le llamaron la atencion los preciosos patos chinos, color de rosa y verdes, que habia en aquellas tiendas. Me acerco al vendedor; compro un par de ellos... en mil reales.

LUIS. ¡Cáspita! ¡Qué caros!

CARLOS. Me pongo á seguirla, cargado con mis dos aves... así... A poco, toman un carruaje.

LUIS. ¿Los patos?

CARLOS. ¡Guason! Me meto yo en otro, y una hora despues sabia su nombre y su habitacion. No tardo en enviarla los dos animalitos acompañados de una carta volcánica...

LUIS. ¡Anduviste listo!

CARLOS. Y por la tarde recibia un billetito muy amable, invitándome á comer al dia siguiente. No falté, segun te puedes figurar. Pero imagína-

te mi estupefaccion cuando al llegar al asado, veo servir... ¡qué dirás? mis dos pobrecitos chinos.

LUIS. ¡Tus patos?

CARLOS. Con unas plumitas verdes en el pico.

LUIS. (Riéndose.) ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Con que el asado te costó mil reales? Debe ser tonta tu Dulcinea.

CARLOS. No, es caprichosa. Su idea fija ahora es comer avestruz. Pero su padrino se lo pagará si quiere: yo la contentaré con un ramo de flores. A propósito, ¿dónde lo he puesto? ¡Ah! Encima del piano.

JUSTA. ¡La señora! (Anunciándola.)

LUIS. Aguarda. (A Cárlos sacando del bolsillo dos rosetas multicolores: pónese una en el ojal del frac, y entrega la otra á Cárlos.)

CARLOS. ¡Qué es esto? ¡Una condecoracion?

LUIS. Hace buen efecto, y siempre vengo provisto...

ESCENA V.

Dichos.—CAROLINA.

CAROL. Dispensen Vds. que les haya hecho esperar. Señores.

LUIS. Permítame V. que le presente á mi amigo el Sr. D. Jorge Pitillas.

CARLOS. (Bajo.) ¡Qué dices?

LUIS. (Dándole un codazo.) Secretario de Embajada.

CARLOS. (¡Anda, anda!)

LUIS. Caballero de diferentes órdenes nacionales y extranjeras, y poeta á ratos perdidos. (Bajo á Cárlos.) No te quejarás.

CAROL. (Dándole la mano.) Tengo mucho gusto en conocer á V. Siendo amigo de Mendoza...

CARLOS. ¡Mendoza? (Atónito.)

LUIS. (Soy yo.) (Va á tomar el ramo.)

CARLOS. (¡Cáspita! ¡Cuánto embrollo!)
CAROL. Siéntense Vds.
LUIS. Querida Carolina, dispénseme V. el obsequio de aceptar estas rosas.
CAROL. Gracias. Nunca olvida V. cuánto me gustan las flores.
LUIS. Ellas me la recuerdan á V., como V. me las recuerda á ellas.
CAROL. ¡Qué galante! (Coloca el ramo en un jarroncito.)
CARLOS. (Bajo á Luis.) Pero, hombre de Dios, ¡le has dado el ramillete que yo destinaba á Adela!
LUIS. (Bajo á Cárlos.) Pues le vuelves á coger cuando te largues, y punto concluido.
CAROL. Señor de Pitillas, ¿qué ocurre de nuevo en la diplomacia? (Se sienta.)
CARLOS. (Sentándose.) Señora... ocurre... ocurre... que no ocurre nada. Y luego... la política...
LUIS. ¡Oh! ¡La política!
CARLOS. Siempre lo mismo. Los unos tiran por la izquierda...
LUIS. Los otros por la derecha...
CARLOS. Y hay otros que...
CAROL. (Riéndose.) Que no tiran por la derecha ni por la izquierda.
CARLOS. Así, los que quieren mantenerse en un justo medio...
CAROL. (¡Debe ser simple!)
CARLOS. (No sé por qué me causa miedo esta mujer.)
CAROL. Tomarán Vds. el té conmigo.
CARLOS. Mil gracias, pero... (Bajo á Luis.) Es mi hora ya.
CAROL. Voy á llamar para que lo sirvan.
CARLOS. (Alto.) Estoy algo indispuesto...
CAROL. Razon más; el té le aliviará á V.
CARLOS. No, no; me retiro.
CAROL. ¿Quiere V. que mande buscar una berlina?
CARLOS. No vale la pena.
LUIS. (En efecto, para subir un piso...)
CAROL. (Insistiendo.) Sí, sí.
LUIS. (Á Cárlos.) Vamos, dí la verdad á esta señora.
CAROL. (Sorprendida.) ¿La verdad?

LUIS. El amigo Pitillas tiene que hacer una visita en el cuarto segundo. Son las diez: Adela estará sola, y le aguarda.

CAROL. ¿Por qué no lo decia V. claramente?

CARLOS. (Confuso.) Porque... porque....

CAROL. No conozco á mi vecina, pero dicen que es preciosa. Así, le dejo á V. en libertad, deseando que lo pase muy bien.

CARLOS. Lo agradezco infinito.

CAROL. (Á D. Luis.) Voy un momento adentro á decir que nos preparen el té, y vuelvo en seguida.

CARLOS. (Cogeré otra vez mi ramo...) (Corre á la chimenea y lo saca del jarron.) ¡Es imposible llevármelo! ¡Está chorreando! (Á Luis, apretándole la mano, que le moja.) ¡Animal! ¡Lo has puesto en agua! (Alto.) Á los pies de V. (Váse.)

CAROL. Hasta la vista. (Á Luis expresivamente.) Hasta ahora. (Vase.)

ESCENA VI.

DON LUIS, TERESA.

LUIS. ¡Me ha dejado la mano mojada! ¡Pobre Cár los! No sabia lo que le pasaba. (Sentándose.) ¡Qué bien está uno aquí! El perfume de las flores... la comodidad de los muebles... y luego no oir á cada instante aquella voz chillona gritándome: "¡Yerno mio... yerno mio!" Es positivo: cuando me hallo léjos de mi suegra, soy otro hombre. Vivo, renazco, me esponjo... (Se sienta al piano y toca el Mambrú con un solo dedo.)

TER. Justa me dice que vaya á la antesala, y no encuentro el camino.

LUIS. (Aterrado viéndola.) ¡Teresa aquí! (Se levanta apresuradamente el cuello del frac, y golpea con furor en el piano.)

TER. Perdone V., caballero.

LUIS. (Fingiendo la voz.) No me interrumpa V. Soy el afinador.

TER. ¡Qué modos tiene el tal afinador!

LUIS. ¡Largo de aquí! ¡Largo de aquí! (Golpeando siempre en el piano.)

TER. Ya me voy. (Vase por el fondo.)

LUIS. ¡Teresa! ¿Estoy despierto ó soñando? ¡Teresa aquí! ¡Es imposible! ¡Debo padecer una alucinacion! Para mayor seguridad, cerremos la puerta, y confisquemos la llave. (Cierra la puerta del fondo, y se guarda la llave en el bolsillo.)

TER. (Volviendo á salir por la derecha.) Esto es un verdadero laberinto. (Viendo á D. Luis.) ¡Señor!

LUIS. (Trémulo.) ¡Otra vez ella!

TER. ¡Cómo! ¿Es V.?

LUIS. Sí... es decir, no... Pasaba por ahí... He subido.. y....

TER. Pues Justa me dijo que era el amante de la señora quien estaba aquí.

LUIS. ¿Quéres callarte? (Furioso.)

TER. Señor, me asusta V. (Huyendo.)

LUIS. Pobre de tí, si dices una palabra. Tú no me conoces, ni me has visto en tu vida.

TER. Bueno. (Dando la vuelta al sofá, perseguida por D. Luis.)

LUIS. Toma estos cinco duros. (La empuja.)

TER. ¡Si no es más que una peseta!

LUIS. No importa, vete. (La echa afuera. D. Luis se deja caer sobre una silla.)

TER. (Volviendo á aparecer.) ¡Señorito, si tuviese usted la bondad de recomendarme! ¡Deseo tanto quedarme aquí!

LUIS. (Levantándose.) Sí, sí; te recomendaré á quien quieras; pero, vete, vete, vete. (La obliga á marcharse.)

ESCENA VII.

D. LUIS, luego CAROLINA, despues TERESA.

LUIS. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡No sé lo que me pasa! Si permanece en la casa esa mujer, charlará, charlará. ¡Es menester que se vaya! Yo la bus-

caré colocacion.... en América. ¡Carolina! (Viéndola salir.) Es preciso que no sospeche nada.

CAROL. Aquí estoy, querido amigo, y para no separarnos ya más. (Se sienta en el sofá, y hace ponerse á Luis junto á ella.)

LUIS. ¡La esperaba á V. con una impaciencia!...

CAROL. (Enseñándole una mano.) ¿A que no conoce usted esta sortija?

LUIS. Es verdad; y tampoco conocia á la nueva criada.

CAROL. Es una prima de Justa. Ansorena está empeñado en que la tome, pero no me decido á quedarme con ella.

LUIS. No la tome V.; bastante tiene con la cocinera.

CAROL. No hablo de la criada, sino de la sortija.

LUIS. En cuanto á ésta, es magnífica.

CAROL. Y no muy cara: tres mil reales.

LUIS. Es de balde. ¿Y cómo se llama?

CAROL. Es una esmeralda.

LUIS. No.... digo esa mujer.

CAROL. Teresa, segun creo.

TER. (Entreabriendo la puerta y escuchando.) Hablan de mí.

CAROL. (Mirando la sortija.) Es muy limpia... y me aseguran que carece de defectos..

LUIS. Los mejores criados los tienen siempre.

CAROL. (Sorprendida.) ¿Eh?

LUIS. ¿Sabe V. por ventura de dónde sale?

CAROL. ¿Quién?

LUIS. Teresa.

CAROL. Me parece que toma V. demasiado interés por esa muchacha, y no atiende siquiera á lo que le digo.

TER. (Por lo visto, me está recomendando.)

LUIS. Al revés, no me gusta ni pizca.

TER. (¡Hola! ¡Hola!)

LUIS. Es cuestion de antipatía. Hay caras que se le indigestan á uno, y la de la tal Teresita...

TER. (¡Oiga!)

CAROL. ¿No es más que eso? Pues bien, la pondré en la calle mañana mismo.
LUIS. No pedia tanto. (La besa la mano.)
TER. (Yo me vengaré.) (Desaparece.)
CAROL. Y la sortija, ¿la devuelvo ó no?
LUIS. ¡Oh! La sortija...
CAROL. Me exigen que la pague al contado; y á la verdad, tres mil reales...
LUIS. (¡Demonio!)
CAROL. ¡Es tan poca cosa!
LUIS. (Cuando se reciben; cuando se dan, ya es diferente.)

ESCENA VIII.

Dichos.—JUSTA.

JUSTA. ¡Señora! ¡Señora!
CAROL. ¿Qué hay?
JUSTA. El señor de Sandoval.
CAROL. (¡Ah!) (Muy turbada, á D. Luis.) Perdone V.... una visita inesperada... Es indispensable que no le vea á V. conmigo.
LUIS. (Lo mismo que anteayer.) Mi sombrero.
CAROL. (Señalando al foro.) Salga V. por allá.
LUIS. Está cerrado con llave. (Corriendo á la izquierda.) Por aquí.
CAROL. No... no hay salida.
LUIS. (Corriendo á la derecha.) Por aquí entonces.
CAROL. Imposible. Por ahí viene él. ¡Ah! Ya sé. (A Justa.) Sal á su encuentro: dile que estoy indispuesta, y que he llamado el médico.
JUSTA. Voy, voy. (Váse.)
LUIS. Eso es... dígale V. que estoy indispuesto.
CAROL. No V., sino yo. V. es el médico.
LUIS. (Aturdido.) ¿Con que yo soy el?...
CAROL. Baje V. la lámpara.
LUIS. Sí, sí. (Coge la lámpara y la pone en el suelo.)
CAROL. No: que baje V. la mecha. Bien. (Durante estas palabras, se ha tendido sobre el sofá, y se cubre la cabeza con el pañuelo de la mano.) Ahora siénte-

se V. ahí, y tómeme el pulso. (D. Luis ejecuta lo que ella le dice.) Pero serénese V.: está temblando como un azogado.

JUSTA. (Abre la puerta é introduce á D. Alfredo, que anda de puntillas.) ¡Chit!

CAROL. (A Luis, bajo.) ¡Atencion! (Con voz doliente.) ¿No cree V. que será cosa grave, doctor? (Bajo.) Responda V.

LUIS. Con sanguijuelas, con sinapismos...

CAROL. (Bajo.) Cállese V.

ESCENA IX.

Dichos.—DON ALFREDO.—JUSTA.

JUSTA. (A media voz.) Señora, el Sr. de Sandovál.

CAROL. ¡Ay, Alfredo! ¡En qué situacion me encuentra V.!

ALF. ¿Qué es eso? ¿Está V. enferma?

CAROL. Muriéndome... y á no ser el facultativo... (Ap. buscando con la vista á D. Luis, que se ha levantado y trata de escaparse.) ¿Dónde estará?

ALF. Quieto V., señor doctor. Que no le haga yo á V. huir.

LUIS. (Sin saber lo que hace.) Seguramente... seguramente...

CAROL. ¿Busca V. el tintero... para recetar? Sobre el velador está.

ALF. Sobre el velador... sobre el velador.

LUIS. (¡Con tal de que no me conozca!...) (Se sienta junto al velador, despues de haber dado una vuelta al teatro.)

ALF. He conseguido á última hora un palco para el baile del teatro Real, y venia...

CAROL. ¡Es imposible!

ALF. Ya lo veo.

CAROL. Vaya V. solo.

ALF. No, no. Me marcho á mi casa. (Acercándose á D. Luis, que finge escribir.) ¿Qué la receta V.?

LUIS. Poca cosa... sinapismos... sanguijuelas...

una sangría... un purgante... y un vomitivo.

ALF. (Aterrado.) ¿Todo eso á la vez?

LUIS. No... uno despues de otro... luego... más tarde... mañana... si no está mejor.

CAROL. ¡No sabe V. con qué interés me asiste el doctor!

ALF. (Tendiendo la mano á D. Luis.) Gracias.

LUIS. No hay de qué.

ALF. Supongo que no será nada.

LUIS. Nada: el cansancio... el susto...

ALF. ¡Cómo! ¿El susto?

LUIS. Sí, el susto que produce el cansancio.

ALF. ¿Qué cansancio?

LUIS. El cansancio que produce el susto.

ALF. Cuento con que no se separará V. de ella, ¿no es verdad?

LUIS. No lo tema V.

ALF. Buenas noches. (A Carolina.)

CAROL. Buenas noches.

ALF. (Bajo á ella.) ¿Ha cambiado V. de médico?

CAROL. Hace mucho tiempo ya.

ALF. No lo sabia. (Alto.) Mañana temprano volveré.

CAROL. Creo que podré dormir.

ALF. El sueño completará la cura. Doctor...

LUIS. (¿Doctor? ¡Ah! ¡Sí! Habla conmigo.)

ALF. Avíseme V. si se agravase.

LUIS. Lo haré... Lo haré...

ALF. (Dando dinero á Justa.) Cuida mucho á tu ama.

JUSTA. Vaya V. tranquilo. (Alfredo y Justa vuelven á marcharse, siempre de puntillas.)

ESCENA X.

Dichos, ménos D. ALFREDO.

LUIS. (Dejándose caer sobre un sillon.) ¡Uf!

CAROL. ¡Silencio! (Escuchando.) ¡Todavía está ahí!

LUIS. ¡Estoy más muerto que vivo!

JUSTA. (Volviendo.) Ya se marchó.

LUIS. ¡Gracias á Dios! (Al sacar su pañuelo para enjugarse el sudor, deja caer una llave.)

CAROL. ¡Cómo! ¡La llave de la puerta en el bolsillo de V.! Recógela. (A Justa, que la levanta y coloca en la puerta del fondo: despues se vá.)

LUIS. Segun parece.

CAROL. ¿Y para qué la habia V. guardado?

LUIS. No lo sé. ¡Ah! Sí: para que no entrasen importunos á turbar mi felicidad.

CAROL. Está V. completamente atortolado.

LUIS. La falta de costumbre... Luego, ignoraba que tuviese un rival... preferido; un hombre que posee derechos sobre V., á quien V. teme, á quien... Deme V. un vaso de agua con un poco de azúcar y mucha flor de azahar. (¡Carambola! Echo de ménos hasta la voz de mi suegra. ¡Y esto es lo que llaman una aventura amorosa! ¡Feliz Cárlos, que estará arriba muy tranquilo! ¡No tiene poca fortuna!)

CAROL. ¿Qué estrépito es este? (Abrese ruidosamente la puerta del fondo, y precipítase en la escena don Cárlos muy azorado.)

ESCENA XI.

Dichos.—D. CARLOS.

CARLOS. ¡Luis! ¡Luis!

CAROL. ¡El Sr. de Pitillas!

LUIS. (Que estaba bebiendo el vaso de agua.) ¿Qué?... ¿Qué? ¿Qué sucede?

CARLOS. (Corriendo por el teatro.) Escóndanme ustedes... escóndanme en cualquier parte.

LUIS. (Atragantado.) ¿Qué hay?

CARLOS. El viejo.... el viejo.... El viejo acaba de llegar. Solo tuve tiempo para meterme en la cocina y escapar por la escalera de servicio; pero, segun creo, me ha visto, y viene detrás de mí. (Mirando hácia el fondo.) Ahí está.

LUIS. (Que ha mirado tambien con terror.) ¡Es D. Leon! (Se precipita en el cuarto de la izquierda y cierra apresurado la puerta.)
CARLOS. (Corriendo en pos de D. Luis, y hallando cerrada la puerta.) ¡Ha cerrado! (Quédase pegado á la puerta, trémulo. Carolina lo observa todo, riendo á carcajadas.)
CAROL. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

ESCENA XII.

CAROLINA.—D. CÁRLOS.—D. LEON, luego JUSTA.

LEON. (Se precipita tambien en la escena muy agitado.) Perdone V., señora, que entre en su casa sin sombrero. He perdido la cabeza. Me hallaba en la escalera de servicio, y como estaba abierta la puerta y he visto luz aquí.... (Reparando en D. Cárlos, que trata de escaparse por el fondo.) No se vaya V., caballero... sentiria mucho haberle incomodado....
CARLOS. (¡No me reconoce!)
CAROL. Sí, no se marche V., amigo mio: tenemos que hablar.
LEON. (¡Buena pareja!)
CAROL. (A Leon.) ¿Puedo saber qué se le ofrece á usted? (Oyendo ladrar á Mirza dentro.) ¡Adios! ¡Mirza se alborota! (Gritando desde la puerta del cuarto donde entró D. Luis.) ¿Querrás callar, maldito animal? (Mirza se calla.)
LEON. (¡Ah! ¡Habla con la perra!) Señora, vengo del piso segundo, donde vive una jóven muy bien educada....
CAROL. Precisamente hablaba de ella con el señor. (Designando á Cárlos.)
LEON. Pues qué, ¿la conoce?
CAROL. No.... no. No la he visto en mi vida.
LEON. Es alumna del Conservatorio.... y como yo soy viudo....
CAROL. ¿Proteje V. las artes?
LEON. No: á las artistas. Pues señor, acababa de en-

trar en su casa.... Ya no me esperaba.... porque acostumbro venir ordinariamente de seis á ocho; pero hoy me he dormido. ¡Es particular! Paso las noches en un sueño; y, sin embargo, me quedo dormido á cada instante. Segun iba diciendo, como Adela no contaba ya con mi visita, al verme aparecer, la sorpresa, la alegría....

CAROL. (A Cárlos.) No sabe nada.

LEON. Le produjeron un ataque nervioso. Busqué vinagre por todos lados, y no habiéndolo encontrado, venia á preguntar á V. si....

CAROL. Llévese mi pomito de sales inglesas: con esto se aliviará. (Va á tomarlo de encima de la chimenea.)

LEON. (Bajo á Cárlos.) Siento mucho haber interrumpido á Vds.

CARLOS. Es una amiga antigua.

LEON. ¿Amiga, eh? Estoy, estoy.

JUSTA. (Sale corriendo.) El Sr. de Sandoval otra vez.

CAROL. ¡Ah! (Corre á tenderse de nuevo en el sofá.)

JUSTA. Viene detrás de mí.

LEON. (Preparándose á escapar.) ¿Quién?

CAROL. No se mueva V.

ESCENA XIII.

Dichos.—D. ALFREDO.

ALF. (Sale pálido y agitado.) Vuelvo, porque un suceso inesperado.... (Viendo á los otros dos.) Dispensen Vds. (Se saludan los tres.)

CAROL. Los señores vienen á que les preste mi frasco de sales para la vecina del segundo, que se ha sentido repentinamente indispuesta.

LEON. Y yo pedia mil perdones á la señora y á este jóven por haberles interrumpido.

CAROL. (¡Habrá majadero!)

ALF. ¿Con que el señor estaba ya aquí?

CAROL. Sí.... es el médico. (D. Cárlos se inclina.)

Alf. ¿El médico? Pues antes....

Carol. Antes era otro; pero vinieron á buscarle para un enfermo grave, y he llamado un homeópata.

Leon. ¿Con que es V. facultativo?

Carlos. Discípulo del gran Hanhemann, de aquella lumbrera de la ciencia.... del inventor de los globulitos.

Carol. Es el célebre doctor Pitillas.

Leon. ¿Pitillas? ¡El gran Pitillas!

Alf. ¿Pitillas? No le habia oido nombrar jamás.

Leon. Entonces, ¿tendrá V. la amabilidad de venir un momento conmigo á ver á mi pobrecita Adela?

Carlos. ¡Cómo! ¿Quiere V. que yo?...

Carol. (La escena será cómica!)

Alf. Mientras, nosotros tenemos que hablar. (Á Carolina.)

Carol. Tome V. el pomito, doctor.

Leon. Dentro de un instante lo devolveremos.

Carlos. Pero, ¿de veras quiere V. que suba?

Leon. Se lo suplico á V. encarecidamente.

Carol. (La aventura es chistosísima ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!)

Leon. (Á Cárlos.) Es en el cuarto segundo. Pase V., doctor. (Váse.)

ESCENA XIV.

CAROLINA, D. ALFREDO, despues D. LEON.

Carol. (¡Y Mendoza sin poder salir de allí!) (Mirando con inquietud á la puerta.)

Alf. (¡No la diré la verdad! Me falta el valor para descubrirla que soy casado; que mi mujer lo ha descubierto todo; y que me persigue judicialmente.)

Carol. (¡Si pudiera conseguir que se escapara por el otro lado!)

Alf. Hay novedades, querida Carolina.

Carol. ¿Pues qué ocurre?

ALF. Debo abandonar mañana mismo Madrid.

CAROL. ¡Dios mio! ¿Por qué?

ALF. Lo exige un asunto del mayor interés para mí.

CAROL. (Haciendo que llora.) ¡Ah!

ALF. ¿Llora V.? Esas lágrimas son lo único que puede templar mi dolor. Bien sabe V. que la amo con idolatría, con frenesí.

CAROL. (Llorando.) ¡Ji! ¡Ji! Ji! Es un pretexto para dejarme... para no cumplir lo que me ha prometido. ¡Y yo no podré resistir la ausencia! ¡Y me moriré... y me enterrarán! Y cuando V. vuelva no tendrá más remedio que ir á arrojar flores sobre mi tumba ¡Ji, ji, ji! (Llorando muy fuerte.)

ALF. Vamos, no sea V. injusta, y cálmese. Yo volveré pronto, más tierno, más enamorado que nunca.

CAROL. ¿Y nos casaremos?

ALF. En seguida. (¡Pobre mujer!) (Mirza ladra dentro.)

CAROL. ¡Cielos! ¡Y el otro que está adentro!

ALF. Esa perra es insoportable. ¿Por qué ladrará así?

CAROL. Por nada... Es una costumbre... un vicio.

ALF. Y á V. que está enferma, que está triste, sus aullidos la molestarán mucho. Voy á hacer que calle. (Se dirige á la puerta de la izquierda.)

CAROL. (Le va á encontrar!) (Lanzando un grito agudo, y volviendo á caer sobre el sofa.) ¡Ay!

ALF. ¿Qué tiene V.?

CAROL. (Cogiéndole las manos.) ¡No se separe V. de mí! ¡Que me da! ¡Que me da! (Finge un ataque de nervios.)

LEON. (Volviendo á salir por el fondo.) Aquí tiene usted sus sales.

ALF. ¡Vengan, vengan!

CAROL. (Oyendo ladrar, dice muy alto.) ¡Matarla! ¡Matarla pronto!

LEON. ¿Matar á quién? (Cesan los ladridos.)

CAROL. (¡Calla! ¡Me ha comprendido!)

ALF. Es un ataque de nervios (Á Carolina.) ¡Huela usted! ¡Huela V.!

LEON. ¿Una convulsion? Pues no se asuste V.: la misma escena acabamos de tener arriba:

ALF. (Haciendo que Carolina aspire el pomito.) ¿De veras?

LEON. Lo particular es que durante semejantes crísis pierden las personas la razon. Figúrese usted que al entrar el doctor, Adela, que nunca le habia visto, exclama fuera de sí: "¡Cómo! ¡Imprudente! ¿Eres tú?" ¡Y le veia por la primera vez! (Se sienta.) Allá le he dejado con ella, y me he venido aquí á descansar. Porque estas emociones, estos disgustos, me producen un sueño que... (Se duerme en un sillon, despues de haber bebido el vaso de agua que dejó sobre el velador D. Luis.)

CAROL. (Levantándose.) Ya se me pasó: estoy enteramente buena. Retírese V., Sandovál.

ALF. Pero dejarla á V. sola...

CAROL. Necesito reposo. La noticia de esa partida tan inesperada, me ha trastornado. ¿Me escribirá V.?

ALF. Con mucha frecuencia.

CAROL. ¿Todos los dias?...

ALF. (Besándola la mano.) ¡Valor, valor!

CAROL. Bien lo necesitaré.

ALF. (Oyendo roncar á D. Leon.) ¡Y el viejo que se ha dormido! (Sacudiéndole.) ¡Eh! ¡Despierte usted!

LEON. (Soñando.) ¿Eres tú, imprudente? ¿Qué? ¿Qué es esto? (Se levanta.) Perdonen Vds.: me habia quedado un poco traspuesto, y...

CAROL. (Interrumpiéndole.) Buenas noches, señores.

LEON. Para despavilarme, voy á la calle á tomar el fresco.

CAROL. Pero Adela le echará á V. de ménos.

LEON. No: está con el doctor, y no me necesita para nada.

ALF. Adios, Carolina. Escribiré.

CAROL. Todos los dias; ¿no es verdad?

ALF. Todos.
LEON. Señora, á los piés de V. (Á D. Alfredo.) ¡Cosa más rara! Duermo bien, y sin embargo... (Vánse.)

ESCENA XV.

CAROLINA.—D. LUIS.—Luego JUSTA.

CAROL. (En cuanto se marcha D. Alfredo, y despues de cerciorarse de ello, corre á llamar á la puerta de la izquierda.) Ya puede V. salir.
LUIS. (Sale pálido; con la corbata y los cabellos en desórden, llevando un perrito muerto.) ¿No hay nadie ya?
CAROL. No. ¡Ay, Dios mio! ¡Y en qué estado!
LUIS. Me he batido con Mirza... á muerte, y he quedado vencedor. (Enseñando el cadáver.)
CAROL. ¡Muerta! ¡Pobre animal!
LUIS. Fué indispensable... para comprar su silencio. Haré que se la disequen á V.
CAROL. (Mirando las manos de D. Luis.) ¿Pero le ha mordido á V.?
LUIS. No hacia sino morder y ladrar.
CAROL. Venga V.: le pondré tafetan inglés. (Saca tafetan, y aplica varios pedazos en las manos de don Luis.)
LUIS. Estaba escrito que la mataria yo. Diga usted, ¿habia bebido agua hoy?
CAROL. No lo sé.
LUIS. ¡Dios mio! ¡Si estaria rabiosa!
JUSTA. (Sale con una bandeja.) El té.
LUIS. No viene mal; así entraré en calor. Hacia un frio de mil demonios en su sala de V., y estoy dando diente con diente.
JUSTA. ¡Pobre señorito! Señora, ¿quiere V. que traiga la bata y el gorro de su difunto esposo?
CAROL. Sí, sí. (Mientras Justa va á buscarlo.) Acérquese á la chimenea...

LUIS. Con mucho gusto... ¡Brrr! ¡Tirito como un perro chino!

JUSTA. (Saliendo con la bata y el gorro.) Quítese V. el frac...

LUIS. Al momento. (Lo hace: lo deja sobre una silla, y se pone la bata.)

CAROL. Aquí está el gorro griego. (Se lo pone.)

LUIS. Gracias... mil gracias. Me vuelve V. la vida.

JUSTA. Ahora una tacita de té con unas gotas de rom.

LUIS. Y me pondré al pelo.

CAROL. Siéntese V. aquí, á mi lado.

LUIS. (¡Qué noche, santo cielo!) (Se sienta con la taza en la mano.)

CAROL. (Con ternura.) No se abrase V.

LUIS. ¡Uf! ¡Me he quemado la boca! Y el gato escaldado... (Váse Justa.)

CAROL. Vamos, no pensemos más en lo sucedido, y tranquilícese V. ¿Se siente V. mejor?

LUIS. Sí; con el calor comienzo á recobrar la calma. No estoy acostumbrado á escenas violentas, y cuando por casualidad ocurre una... (Bebe el té; se oye llamar muy fuerte á la derecha.) ¿Otra tenemos? ¿Qué será? (Se levanta aterrado.)

CAROL. No lo sé.

ESCENA XVI.

CAROLINA.—D. LUIS.—UN JUEZ.—UN ESCRIBANO.— Despues JUSTA y TERESA.

UNA VOZ (Dentro.) Abran Vds. En nombre de la ley.

LUIS. ¡En nombre de la ley!

CAROL. ¡La justicia!

LUIS. ¡De seguro es mi suegra quien la envia!

CAROL. ¡Huya V.! ¡Huya V.!

LUIS. Sí, sí. (Carolina se acerca á la lámpara y la apaga. Oscuridad completa.) ¡No veo gota! ¡Me he vuelto ciego! (Abrese la puerta de la derecha, y aparece el Juez seguido del Escribano.)

JUEZ. No trate V. de huir. (Las criadas salen con luces.)

LUIS. ¡Ah! (Se precipita al lado izquierdo.)

JUEZ. (Al Escribano.) Allí. (El Escribano entra detrás de D. Luis.)

CAROL. (Muy asustada.) ¿Puedo saber el motivo de esta visita á tales horas?

JUEZ. Es una mera formalidad. Vengo á instancia de D. Luis de Saavedra, abogado, á dar fe de que D. Alfredo de Sandovál se encuentra en su casa de V. á hora avanzada de la noche.

CAROL. Don Alfredo no está aquí.

ESCRIB. Se equivoca V., señora, porque le traigo yo.

CAROL. (Viendo salir á D. Luis.) ¡Torpe! ¡Ah! (Se desmaya sobre el sofá: Justa y Teresa acuden á socorrerla.)

ESCRIB. (Al Juez, señalando á D. Luis.) D. Alfredo de Sandovál estaba oculto debajo de la cama.

JUEZ. (A D. Luis.) Sírvase V. decirme su nombre.

LUIS. (Sin oirle, y repitiendo maquinalmente.) ¡Alfredo de Sandovál! Y soy yo!...

JUEZ. El es: escriba V.

LUIS. ¡Y soy yo quien aconsejó á su mujer que le hiciese coger *in fraganti*! (Se deja caer sobre una silla, ocultando el rostro entre las manos.)

JUEZ. ¿Ha puesto V. que le hemos encontrado en bata y con gorro griego?

ESCRIB. Sí señor.

JUEZ. Venga. (Toma el papel.) Esto es suficiente. Nos retiramos. Tenga V. la bondad de alumbrar. (A Justa.)

TER. (Cogiendo el frac y el sombrero de D. Luis.) Enviaré á su suegra las pruebas del delito. (Jurándoselas á D. Luis.) ¿No te prometí yo que me habia de vengar?

(Justa se dispone á alumbrar á los que se van: Carolina sigue desmayada: Teresa se lleva el frac y el sombrero de D. Luis, quien permanece inmóvil.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

D. LUIS, solo. (Sale muy azorado, sin patillas, ni bigote, y mirando á todas partes.)

LUIS. ¡Gracias á Dios que me veo en mi casita! ¡Me parecia que nunca habia de suceder! ¡Qué noche, Santo Dios, qué noche! ¡Cuán caros he pagado mis conatos de infidelidad! ¡Qué viudita aquella tan enredadora y trapisondista! ¡Y luego el Juez de primera instancia, y el Escribano!... He escapado en una tabla. ¿Quién se llevaria mi frac y mi sombrero? He tenido que venir por la calle con el paletot solamente y con el gorro griego, hasta que compré otro sombrero en la primera tienda que estaba abierta. Despues he ido á afeitarme las patillas, el bigote... y de buena gana me hubiera afeitado hasta el pelo, para que no me conozcan los que me han visto en aquel sitio de maldicion. Una y no más, Sr. San Blás; y el gato escaldado... lo que sigue.

ESCENA II.

D. LUIS.—MANUELA.

MAN. ¡Calle! ¡Levantado ya! A las nueve de la mañana!... ¡Y con este frio! No ha madrugado usted poco.

LUIS. ¿Y á tí, qué te importa?

MAN. A mi nada; pero es un decir.

LUIS. Anda, anda, vete á tus quehaceres.

MAN. ¡Qué inquinia me tiene V., señor! Siempre me está largando indirectas! Pero ¡ay! ¿Qué se ha hecho V. en la cara? ¡Qué feo se ha puesto V.!

LUIS. ¿No es verdad que estoy otro, que nadie me reconocerá?

MAN. Yo sí que le reconozco á V.; pero los que no le hayan visto nunca, de fijo que ni con barba ni sin ella le reconocerán.

LUIS. Ya has dicho una barbaridad. Márchate con mil demonios. (Cogiendo una silla para tirársela.)

MAN. (Huyendo.) ¡Jesús! ¡Qué génio ha echado V.!

ESCENA III.

D. LUIS.—D. CÁRLOS.

CARLOS. Gracias á Dios que te encuentro! Venia lleno de inquietud á saber lo que te sucedió anoche.

LUIS. No me lo preguntes siquiera.

CARLOS. ¿Conque te pescó la justicia?

LUIS. ¡Qué drama tan horrible, chico, qué drama!

CARLOS. Cuenta, cuenta.

LUIS. Si aun no sé lo que me pasa! Estaba tranquilamente tomando una taza de té con Carolina, cuando cátate que llaman á la puerta. —¡Abran Vds. en nombre de la ley!—Era el Juez de primera instancia del distrito de la

Audiencia con su correspondiente secretario.

CARLOS. ¿Y á qué iba allí á tales horas?

LUIS. A cojer *in fraganti* á la víuda con su amante.

CARLOS. Pero, ¿quién habia dado el aviso?

LUIS. Yo mismo.

CARLOS. No te entiendo.

LUIS. Me explicaré. Sabes que la señora de Sandovál me ha elegido para abogado suyo... Mi primer pleito, Cárlos!. ¡Y en el que yo fundaba tan risueñas esperanzas! Pues bien, ayer tarde, con el celo que distingue á los neófitos, voy al juzgado donde pende el negocio... No estaban el Juez ni el Escribano, pero me dirijo al procurador. En un santiamen lo arreglamos todo: el procurador, otro novato como yo, deseoso tambien de acreditarse, me promete que aquella misma noche los cojerán en el garlito... ¡Qué ageno estaba yo de suponer que á mí era á quien habian de atrapar!

CARLOS. ¡Lance más cómico!

LUIS. Cuando entró el Juez, Carolina, que es muy lista... eso sí, demasiado lista... apagó la luz, y yo, favorecido por la oscuridad, logré escabullirme. Me parece que la cosa no puede ser más clara. ¿Sabes dónde me encontraron? Metido, cual un criminal, debajo de la cama. Y como para entrar en calor me habia puesto la bata y el gorro griego del difunto esposo de Carolina, supusieron naturalmente que yo era él.

CARLOS. ¿Quién? ¿El difunto?

LUIS. No, hombre: el amante.

CARLOS. ¿Y quién es el amante?

LUIS. El marido.

CARLOS. ¿El marido de quién?

LUIS. De su mujer.

CARLOS. El diablo que te entienda.

LUIS. ¡Si no me entiendo yo á mí propio! En fin, trataré de explicarte lo mejor que pueda el lio. A mí me tomaron por Sandovál.

CARLOS. ¿Y quién es Sandovál?

LUIS. El amante de Carolina. Puedes suponer el efecto que me produjo oir pronunciar el nombre del marido.

CARLOS. Del amante, querrás decir.

LUIS. Del marido.

CARLOS. ¿En qué quedamos? Hace un momento hablabas del amante; ahora hablas del marido.

LUIS. Pues es muy sencillo. El amante de Carclina es el marido de su mujer.

CARLOS. ¿Mujer de quién? ¿De Carolina?

LUIS. ¡No, hombre de Dios! De Sandovál.

CARLOS. (Ha perdido la cabeza.)

LUIS. Cárlos, á tí te pasa algo. No comprendes nada de lo que se te dice. La mujer de Sandovál quiere divorciarse, porque su marido tiene relaciones con la viudita.

CARLOS. ¡Ya!

LUIS. Yo soy el abogado de la Sra. de Sandovál.

CARLOS. Comprendo.

LUIS. ¡Gracias á Dios! Y la justicia, en vez de sorprender á Sandovál, me ha sorprendido á mí, tomándome por él.

CARLOS. ¡Chico, eso es grave!

LUIS. Pues aún no lo he dicho todo. Cuando se marchó el Juez, quise escapar tambien; pero no pude encontrar mi frac ni mi sombrero.

CARLOS. Se los llevarian como medios de prueba.

LUIS. ¡Qué noche, Carlitos, qué noche!

CARLOS. Y ahora reparo que te has quitado las patillas y el bigote.

LUIS. Lo he hecho por el temor de que el Juez me reconozca si tropieza conmigo. Ya comprendes que si llegase á saber Sandovál que yo he pasado por él...

CARLOS. De todos modos ya no puedes seguir siendo el abogado de su mujer.

LUIS. ¿Por qué?

CARLOS. El argumento principal de tu defensa habia de ser la presencia de Sandovál en casa de Carolina á hora avanzada de la noche. Pues

bien, si se hace público que eras tú quien estaba debajo de la cama con bata y gorro... ¡Figúrate la que se va á armar!

LUIS. (Cayendo abatido en un sillon.) ¡Es verdad! Ya no puedo seguir siendo abogado de la mujer de Sandovál. Y aquí tienes perdido el único pleito que pude lograr en mi vida. ¡Es para volverse loco!

CARLOS. Ten calma, y veamos si se puede arreglar el asunto. (Reparando en su mano.) ¡Calla! ¿Estás herido?

LUIS. No es cosa mayor. Al esconderme debajo de la cama, la perra, que allí dormia, se abalanzó á mí... (Levantándose.) ¡Silencio, mi mujer!

ESCENA IV.

Dichos. — ÁNGELA.

ANG. ¿Estorbo?

LUIS. ¿Qué has de estorbar? Te presento á mi amigo Cárlos de Aguilar, mi compañero de profesion, el que ayer me escribió...

ANG. (A Cárlos.) Beso á V. la mano.

CARLOS. (A Ángela.) A los piés de V.

ANG. Segun parece, anoche estuvieron Vds. de junta.

CARLOS. En efecto, señora, estuvimos de junta.

ANG. ¿Y sin duda quedó arreglado el negocio?

CARLOS. Sí, señora, quedó arreglado.

LUIS. Yo no vuelvo á poner allí los piés. (Serenándose.) Es decir que...

CARLOS. Sí, habiéndose arreglado ya todo, no es preciso...

ANG. ¡Tanto mejor! Pero... ¿Por qué te has quitado la barba?

LUIS. ¡Ah! la... ¿la barba? Que... ¿por qué me he quitado la barba? Pues es muy sencillo: esta-

ba afeitándome, se me fué la navaja... y... nada más.

ANG. ¿Qué tienes en la mano? ¿Una mordedura?
LUIS. Sí, eso es; digo, no, no es eso.
CARLOS. Ayer comiendo...
LUIS. Me mordí yo mismo...
CARLOS. Se rompió un tubo del gas...
LUIS. Y me cayó un pedazo sobre la mano. (Aparte á Cárlos.) Gracias, Carlitos.

ESCENA V.

Dichos.—MANUELA.

MAN. Acaba de entrar la mamá de la señorita...
ANG. Allá voy.
MAN. ...y dice que vaya el señor.
LUIS. ¿Yo?
MAN. ¡Trae un humor! Parece que va á rabiar.
ANG. Díla que venga, que aquí estamos.
CARLOS. Con permiso de Vds., me retiro.
LUIS. No te vayas, por Dios. Aguárdame ahí, en ese gabinete.
CARLOS. Es que...
LUIS. No me abandones, te lo ruego, no me abandones.
CARLOS. Ya que te empeñas... A los piés de V. (Váse Cárlos.)

ESCENA VI.

ANGELA.—D. LUIS.—DOÑA CONSUELO.

CONS. (Entrando.) ¿Dónde está ese infame, ese perverso, ese criminal? ¿Dónde?... ¡Ah! Ya le veo.
ANG. Buenos dias, mamá.
CONS. (A Luis.) ¿Dónde estuvo V. ayer?
LUIS. Yo...

CONS. ¡No es cierto! ¿Qué ha hecho V. la noche pasada?

LUIS. ¿Qué habia de hacer?

CONS. ¡No es verdad! ¿Dónde está su frac de usted? ¿Dónde su sombrero?

ANG. Ahí estarán.

CONS. No, si no aquí.

ANG. Mamá...

CONS. Acaba de traerme ambas prendas un mozo de cordel, acompañadas de una carta, ¡y qué carta!

LUIS. (¡Ya se armó la gorda! Sin duda el Juez...)

CONS. Escucha, hija mia; escucha. (Leyendo.) "Muy señora mia: si en vez de meterse V. donde no la llaman..." (Hablado.) ¡Qué insolencia! (Leyendo.) "vigilase á su yerno..." (Hablado á Angela.) ¿No te he dicho mil veces que le vigiles?

LUIS. No puedo tolerar...

CONS. ¡Es falso! (Leyendo.) "Envio á V. el frac y el sombrero que su señor yerno se ha dejado olvidados esta noche en casa de doña..." (Hablado.) No quiero manchar mis lábios con su nombre. (Leyendo.) "Calle de Preciados, número 9, triplicado, piso principal de la derecha."

ANG. (Llorando.) ¡Ay, Dios mio!

CONS. No llores, niña; que te queda tu madre. Vete á tu cuarto. Yo voy á consultar á mi abogado.

ANG. ¡Cómo! ¡Un pleito!...

CONS. De divorcio, hija, de divorcio.

LUIS. Señora, en nombre del cielo...

CONS. ¡Es falso!

LUIS. Querida mamá política...

CONS. A mí no tiene V. que llamarme mamá política: yo no soy mamá política de nadie, y ménos de V.

LUIS. Es que...

CONS. ¿Crée V. que no comprendo la intencion con que me llama mamá política? ¡Eso quiere decir que soy una grosera!

LUIS. Permita V....

CONS. ¡Silencio! ¡Libertino! ¡Escandaloso! ¡Calavera! ¿Se habrá dejado V. tambien en la calle de Preciados el bigote y las patillas? ¡Vamos, hija mia; vamos! ¡Aun te queda tu madre!

LUIS. ¡Por toda la córte celestial!...

CONS. Es mentira, mentira y mentira. (Vase con Angela.)

ESCENA VII.

D. LUIS.—D. CÁRLOS.

LUIS. De esta hecha me llevan á Leganés.

CARLOS. Vamos, hombre, cálmate. Todo lo he oido.

LUIS. ¿Qué de hacer en semejante situacion? (Como si se le ocurriera una idea luminosa.) Estoy por ir á consultar á un abogado.

CARLOS. ¿Qué estás diciendo?

LUIS. Sí, tienes razon: no sé lo que me pesco.

CARLOS. Tu mujer te ama, y todo se arreglará.

MAN. (En la puerta del fondo.) Ahí está un señor que quiere ver á V. Le dije que estaba V. riñendo con su suegra, y me contestó que no importaba. Además, me ha dado esto... (Da á Luis una tarjeta.)

CARLOS. (Leyéndola.) ¡Alfredo de Sandovál!

LUIS. ¡No me faltaba otra cosa! Recíbele tú.

CARLOS. Pero...

LUIS. Líbrame de él, te lo suplico encarecidamente. (Vase por la derecha.)

ESCENA VIII.

D. CÁRLOS.—D. ALFREDO.

ALF. (Entrando.) Dispense V. si... (¡Calle! ¡El médico homeópata!) Muy buenos dias, doctor...

CARLOS. Beso á V. la mano.

ALF. Desearia hablar un momento con el señor D. Luis de Saavedra.

CARLOS. ¿Desea V?...

ALF. No tengo el gusto de conocerle; pero he sabido que es el abogado de mi mujer en el pleito de divorcio que ha entablado contra mí... Anoche ocurrió un incidente grave, y quisiera hablar sobre el particular con el señor D. Luis.

CARLOS. Pues en este instante... (¡Ah! ¡Qué idea!) Ahora es imposible verle. Está enfermo.

ALF. ¿Enfermo? Habrá enfermado hoy; porque sé que ayer celebró una entrevista con mi mujer.

CARLOS. Es verdad; se ha puesto malo de repente... Tuvo una pelotera con su suegra... Además, el pobre ha pasado la noche en su bufete, y la bílis, los nervios, la sangre... Porque Luis es lo que nosotros llamamos un hombre de temperamento bilio-sanguíneo-nervioso.... Me ha llamado, y he venido corriendo.

ALF. ¡Qué contrariedad! Si V. me hiciera el favor de decirle que he estado aquí, y que le ruego no haga nada antes de hablar conmigo...

CARLOS. Descuide V. Está en la cama, y no puede moverse siquiera.

ALF. Lo siento. (Saludando.) Hasta la vista.

CARLOS. Vaya V. con Dios.

ALF. (Volviendo.) ¡Ah! ¡Se me olvidaba! Suplico á usted que no diga á nadie que me vió ayer en aquella casa.

CARLOS. Puede V. estar tranquilo. La reserva es una circunstancia de nuestra profesion.

ALF. Beso á V. la mano. (Vase Alfredo.)

CARLOS. Pues señor, no he salido mal del apuro. Parece cosa muy fácil ser médico! (A la derecha.) Ya puedes venir.

LUIS. (Saliendo.) ¿Se marchó?

CARLOS. Sí.

ALF. (Volviendo.) He pensado que lo mejor será....

CARLOS. / LUIS. ¡El!

ALF. ¡Hola! ¡El alópata! Doctor... (Saludando á Luis.)

CARLOS. (Aparte á Luis.) ¡Saluda, hombre!...

LUIS. (Saludando.) Caballero...

ALF. Supongo que la enfermedad de D. Luis es cosa séria, cuando ha avisado dos facultativos de diferentes sistemas. ¿Cómo sigue el paciente?

LUIS. ¿Eh?

CARLOS. (Aparte á Luis.) Estás enfermo de gravedad.

LUIS. Estoy enfermo de gravedad.

CARLOS. (A Luis.) ¡Torpe! No eres tú quién está enfermo, sino D. Luis.

LUIS. Pues es igual.

CARLOS. (Bajo á Luis.) Tú eres el médico alópata.

LUIS. ¡Ah! Sí.

CARLOS. Y yo el homeópata.

ALF. (Están de consulta.) ¿Y qué tal?

LUIS. Muy malo.... muy malito.

ALF. Me ha ocurrido que ya que no puedo verle...

LUIS. ¿Verle? ¡Imposible! ¡Es imposible!

ALF. Sí, ya me lo ha dicho su colega de V. Voy, con su permiso, á ponerle dos letras.... Porque han de saber Vds. que ayer, en la casa donde tuve el gusto de encontrarles, se atrevió un miserable á usurpar mi nombre y mi personalidad á los ojos de la justicia.

LUIS. (Aparte á Cárlos.) No puedo más.

CARLOS. (Aparte á Luis.) Ten valor. (A Alfredo.) ¿De verás?

LUIS. ¡Qué infamia!

ALF. Esto, como Vds. comprenderán, agrava extraordinariamente la cuestion. Entretanto que logro descubrir al falsario, quiero declarar á D. Luis, como ya lo he hecho al escribano, que mi nombre no debe figurar en la diligencia practicada anoche. ¿Dónde escribo?

CARLOS. Pase V. ahí.

ALF. Palabra, doctor. (A Luis.) Sírvase V. no decir á ninguno dónde me vió ayer.

LUIS. Nada tema V.: la reserva es la cualidad distintiva de nuestra profesion.

ESCENA IX.

Dichos.—D. LEON.

LEON. ¿Se puede entrar?
CARLOS. (¡El aquí!)
ALF. ¡Calle! El viejo dormilon...
LEON. ¿Y qué tal va de salud, mi querido Saavedra?
LUIS. (Bajo á D. Leon.) No me nombre V., por Dios, no me nombre V.! (Alto.) El amigo Saavedra está muy malito.
LEON. ¿Y qué tiene?
LUIS. (Bajo.) Calle V.
CARLOS. (Aparte á Alfredo.) No haga V. caso del señor; está algo tocado.
ALF. Sí, ya lo noté ayer.
LUIS. El pobrecito Saavedra se halla de mucho peligro. (Bajo.) Calle V.
LEON. ¡Ah! ¡El doctor aquí! Fatal encuentro! (Bajo á Cárlos.) Tenga V. la bondad de no decir á nadie dónde me vió anoche.
CARLOS. Descuide V. La reserva es la cualidad de....
LEON. (A Alfredo.) ¡V. tambien por aquí! (Saludando.)
ALF. Sí, yo... (Se saludan.)
LEON. No pensaba yo hallar á V. en esta casa.
ALF. Sí, efectivamente.
ALF.
LEON. } Le agradeceré que...
LEON. Hable V.
ALF. No, V. primero.
LEON. Pues quisiera que me hiciese el obsequio de no decir á nadie dónde me vió anoche.
ALF. El mismo favor precisamente iba á pedirle yo.
LEON. ¿Sí? Pues no se trate más del particular.
ALF. Voy á escribir al Sr. de Saavedra.
LEON. ¿Cómo escribirle? ¿No le seria á V. más fácil?...
LUIS. (Interrumpiéndole.) ¡Silencio!
CARLOS. (A D. Leon.) ¡Silencio!

LUIS. (A Alfredo.) Facilitaré á V. papel y pluma. Tenga V. la bondad de pasar allí.

ALF. Gracias. (Váse Alfredo.)

LEON. ¿Y mis cuatro mil reales?

LUIS. No tengo tiempo ahora. (A Cárlos.) Llévate á este hombre: te lo suplico encarecidamente. (Váse por donde se fué Sandovál.)

ESCENA X.

D. CARLOS.—D. LEON.

LEON. ¡A dónde va?

CARLOS. A la Audiencia.

LEON. Pero, ¿y mi dinero? Necesito decirle...

CARLOS. Luego le dirá V. todo lo que quiera; ahora no puede ser. Yo tengo que salir tambien. Me reclaman mis enfermos. Véngase usted conmigo.

LEON. (Sentándose en una butaca.) Ni con gárfios me arrancan de aquí. Necesito plata. Adela me espera á las doce.

CARLOS. ¿Pero no recuerda V., santo varon, que se duerme en cuanto se sienta?

LEON. (Levantándose.) Ya no me acordaba. Dígame V., doctor, ¿qué haria para combatir esta tenaz disposicion al sueño?

CARLOS. Ya se lo he dicho á V.; el aire libre, el ejercicio... Vamos, véngase V. conmigo.

LEON. Aguarde V. unos minutos, y nos iremos. Le pagaré á V. la consulta... pero no ahora; el mes próximo; cuando cobre mi mensualidad.

CARLOS. No puedo detenerme.

LUIS. (Sale rápidamente por la derecha.) ¡Todavía aquí! ¡Llévatele! ¡Llévatele, por Dios! (Desaparece otra vez.)

CARLOS. (Voy á adelantar el reloj.) (A D. Leon.) Vamos, hable V. (Mientras D. Leon habla, Cárlos adelanta el reloj.)

LEON. Como decia, he tenido dos médicos. Al primero le dejé porque no me inspiraba confianza; la verdad es que con su sistema me iba muy bien; pero, lo dicho, no me inspiraba confianza... y la confianza en la medicina es el todo, el todo.

CARLOS. ¿Y por qué dejó V. al segundo?

LEON. ¿El segundo? El segundo era un gran médico; uno de los más célebres; pero me ponia unas cuentas, que ni las del Gran Capitan.

CARLOS. ¿Y qué régimen le aconsejó á V.?

LEON. Uno muy sencillo. "Absténgase V., me dijo, de los alimentos y bebidas que puedan perjudicarle."

CARLOS. ¡Excelente consejo!

LEON. Pues mire V., no me probó. (Mirando al reloj.) ¡Diantre!

CARLOS. ¿Qué le sucede á V.?

LEON. ¡La una y cinco minutos!

CARLOS. (Mirando su reloj.) Yo tengo la una y diez.

LEON. (Sacando el suyo.) Y yo las once y media.

CARLOS. Debe estar parado.

LEON. ¡Y Adela que me esperaba á las doce! De seguro tendrá otro ataque de nervios como el de ayer.

CARLOS. Yo la veré: vamos allá.

LEON. ¡Ay, doctor de mi alma! ¡V. es un padre para ella!

MAN. (Por el fondo.) ¡Calla! ¿Pues y mi señorito?

LEON. En la Audiencia. Vamos, vamos á escape.

MAN. ¿En la Audiencia?

CARLOS. (Bajo á Manuela.) No, está ahí adentro. (Váse con D. Leon.)

MAN. ¡Jesús y qué caras! ¡Si parecen palominos atontados!

LUIS. (Saliendo.) ¿Se fué Cárlos?

MAN. Señorito...

LUIS. ¿Qué pasa?

MAN. La señora de ayer... la del pleito, espera á V. en la sala.

LUIS. ¡La mujer de Sandovál aquí!.. ¡Y su mari-

do... (Señalando á la derecha.) No puedo recibirla ahora.

MAN. ¿La digo que se marche?

LUIS. No, no; voy á hablarla un momento. (Váse por el fondo.)

MAN. ¡Pues mi amo tambien está atortolado!

ESCENA XI.

MANUELA.—DOÑA CONSUELO.

CONS. Hay una señora en la sala. ¿Quién es?

MAN. Una señora muy guapa. La que tiene el pleito con el señorito.

CONS. Vete tú; déjame sola. ¡Muy guapa... Demasiado! Dice que tiene un pleito... ¿Si será la mujer en cuya casa se dejó el frac y el sombrero mi yerno? ¡Ah! Yo lo averiguaré. (Se esconde detrás de la portière del lado derecho.)

ALF. (Saliendo por la derecha.) Es preciso que don Luis lea hoy mismo lo que le escribo. Pero, ¿qué sucede en esta casa? (Abriendo una puerta.) ¡Cielos! ¡Mi mujer con el médico! Que no me vean. (Se oculta detrás de la portière de la izquierda.)

ESCENA XII.

DOÑA CONSUELO.—D. ALFREDO, ocultos.—LAURA.—DON LUIS, que salen.

LAURA. Aunque solo sean dos segundos, necesito hablar con V.

LUIS. Aunque estoy muy de prisa... (Cierra la puerta de la derecha con llave.) (Ya está el marido encerrado. Respiro.)

LAURA. Traigo las cuentas justificativas de los despilfarros de mi marido.

ALF. (¿Al médico? ¿Para qué?)

CONS. (Lo del pleito es verdad.)

LUIS. Está muy bien, señora; pero es el caso que... (¡Tener que renunciar á un negocio tan magnífico!)

LAURA. ¿Acaso vacilaria V. en encargarse de la defensa de mis intereses? ¡Ruego á V. que la acepte, Sr. de Saavedra!

ALF. (¿Saavedra? ¿su abogado? ¡es él!)

LUIS. Ciertamente; á V. le sobra la razon, y dada la incalificable conducta de su esposo...

ALF. (¿Se atreve á...?) (Levantando algo la voz para que le oiga D. Luis.)

LUIS. (Viéndole.) ¡Dios mio! ¡Sandovál! (Se deja caer sobre un sillon.)

LAURA. ¿Qué tiene V.?

LUIS. No es nada, un vahido... (¡El marido!)

LAURA. Decia V. bien; su conducta es incalificable.

LUIS. Sin embargo...

LAURA. V. mismo lo ha dicho; incalificable. Es la pa labra propia. Y si he podido vacilar en mi resolucion...

LUIS. Como aconseja la prudencia... (Tengo que reparar el mal que he causado.)

LAURA. Ya no vacilo.

LUIS. No me atrevo á aconsejar á V. tanta dureza.

CONS. (¡Bribon!) (De modo que lo oiga D. Luis.)

LUIS. (¡Mi suegra!)

LAURA. Está V. turbado, inquieto...

LUIS. Repito que no es nada.

LAURA. ¿Pretendería V. tomar la defensa de los maridos infieles?

LUIS. (¡Anda! ¡Ahora me hace señas el marido!) Y ¿por qué no, señora?

ALF. (Me ha comprendido.)

CONS. (¡Ah, mónstruo!)

LUIS. (¡Y en el otro lado mi suegra! Suceda lo que quiera, voy á quemar mis naves como Hernan-Cortés.) Señora...

LAURA. Hable V.

LUIS. Las mujeres, séres impresionables y sensibles,

se apresuran á pedir la separacion... al primer desliz de sus maridos; y no es posible resolver cuestion tan importante con tan imperdonable ligereza.

LAURA. Pero cuando los extravíos...

LUIS. Hago mia la causa de V.

LAURA. ¡Ah! ¡Conque V. acepta? ..

LUIS. ¿Que si acepto? Sin duda alguna. (Animándose.) Y ganaremos, sí señora, ganaremos. Pero antes es preciso reflexionar. (Cambiando de tono y perorando como si estuviera en la Audiencia.) Es tan fácil decir: ¡Este hombre es culpable!... ¡Culpable!... ¿Habeis penetrado en el santuario de su conciencia? ¿Habeis leido en su corazon? ¿Sabeis qué móvil le impulsó á entrar en una senda que deplora haber recorrido? (Volviéndose á Doña Consuelo.) Es verdad que hemos abandonado el tálamo conyugal; es verdad que hemos corrido en pos de placeres ilícitos... Pero la humanidad es flaca, es débil; y las personas de talento y de corazon deben ser piadosas é indulgentes.

CONS. (¡Qué dice!)

LAURA. Yo lo fuí siempre para mi marido.

LUIS. Y todos deben seguir el mismo ejemplo. La dulzura, la clemencia, la suavidad, hacen más efecto que la energía, la dureza y la severidad. No basta con tener razon: es preciso saber tenerla. ¿Qué Juez no encontrará en su corazon tesoros de misericordia para el infeliz delincuente; para el hombre que amaba á su mujer,—porque la amaba, y muy tiernamente,—que no veia felicidad ni placer sino á su lado, y al cual, la tiranía, las sospechas injustas, han arrojado al torbellino de una existencia de aventuras y de peligros? ¿Se mostrará inflexible el tribunal con ese pecador arrepentido? (Volviendo hácia Doña Consuelo.) ¿Le rechazareis cuando vuelve con el firme propósito de la enmienda? (A Laura.) ¿Cuando promete no reincidir? (A Doña Consuelo.) ¿Cuan-

do hace solemne juramento de ello? (A Laura.) ¿Cuando ama todavía á su mujer? (A Doña Consuelo.) ¡Porque la ama con todo su corazon! (A Laura.) ¡Porque ella le ama tambien!

LAURA. ¡Es verdad!

CONS. (Ap. llorando.) ¡Ji! ¡Ji! ¡Qué lábia tiene el tunante!

ALF. (Bajo á Luis.) ¡Bravísimo! (Se adelanta sin ser visto por su mujer.)

LUIS. (A Laura.) ¡Abridle, pues, los brazos! Olvidad y perdonad, y que en vez de un divorcio, haya V. venido á buscar aquí una sólida, una sincera, una eterna reconciliacion. (A Alfredo.) Ande V.

ALF. (Acercándose.) ¡Laura mia! (Cayendo á sus piés de rodillas.)

LAURA. ¡Alfredo!

CONS. (Muy conmo ida, precipitándose en la escena, y abriendo los brazos á Luis.) ¡Abrázame, yerno de mi alma!

LUIS. Con mucho gusto, mamá política.

CONS. Estoy orgullosa de tu elocuencia.

ESCENA XIII.

Dichos. — ÁNGELA.

ANG. ¿Qué veo? ¡Reconciliados!

CONS. Hija mia, abraza á tu marido, que es un orador de primer órden.

ANG. Pero mamá...

CONS. Abrázale. ¡Si le hubieras oido! ¡Qué talento! ¡Qué ternura! ¡A mí me ha hecho llorar como una Magdalena!

ANG. ¡Luis mio! (Abrazándole.)

LUIS. (Acabo de ganar mi primer pleito.)

ESCENA XIV.

Dichos.—D. LEON.

LEON. Vengo á despedirme de Vds.

LUIS. ¿Se marcha V.?

LEON. (Bajo á D. Luis.) Adela me ha puesto en la calle por culpa tuya... Si me hubieras adelantado los cuatro mil reales...

LUIS. Pues debe V. darme las gracias.

LEON. Como además el doctor me recomendó que tomase el aire... ¿Dónde está? ¡Si venia conmigo...

ESCENA XV.

Dichos.—D. CARLOS.

LUIS. (A D. Cárlos.) Todo está arreglado.

CARLOS. ¿Todo? (Atónito.)

ALF. Sí, querido doctor.

CARLOS. (Bajo á D. Alfredo.) No soy médico mas que donde V. sabe.

LEON. En cuanto á mí, me voy á vivir al campo, entre los pastores...

LUIS. D. Leon, véngase V. con nosotros á Cuenca.

CONS. ¿A Cuenca? Ya no nos vamos. Tu porvenir está en la córte: aquí serás una de las glorias del foro.

LEON. ¿A Cuenca? Si el doctor me lo aconseja?

CARLOS. Yo no soy médico. Sin duda me confunde usted con mi hermano.

LEON. ¡Jesús! ¡Cómo se parece V. á su hermano!

LUIS. Dicen un refran las gentes
que es modelo de refranes:
"pleitos tengas y los ganes
aunque sea entre parientes."
Y nosotros reverentes
una sentencia formal
pedimos al tribunal
á quien hemos apelado.
Público: ¿habremos ganado
EL PLEITO DE SANDOVÁL?

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é hijo de Cuesta,* calle de Carretas; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen, y de *Durán,* Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta Administracion, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

PRECIO: OCHO REALES.